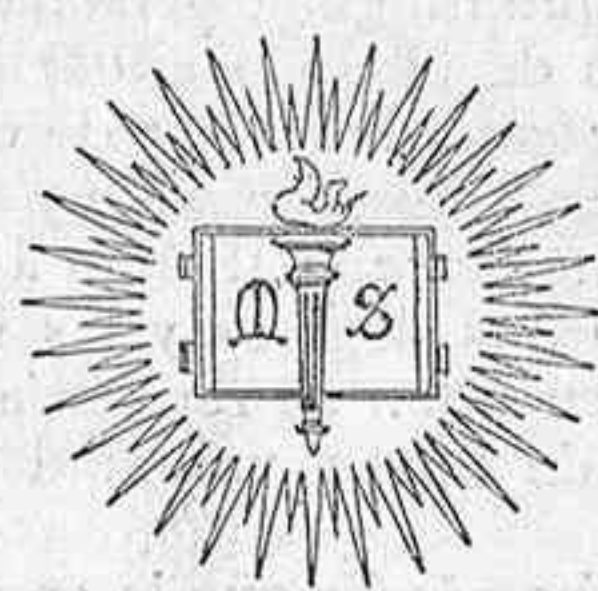


Ilustración Artística



AÑO XXII

← BARCELONA 20 DE ABRIL DE 1903 →

NÚM. 1.112



HORAS TRISTES, cuadro de Enrique Luyten

NEEDLE
NUMBER
MADE IN
ENGLAND

ADVERTENCIA

Con el número próximo repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1903, que será

TRADICIONES ARGENTINAS

obra escrita por el distinguido literato y folklorista argentino Dr. Pastor Obligado é ilustrada con dibujos de Nicanor Vázquez.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea. Un poco de derecho*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. La marquesa de Santa Cruz*, por J. G. Abascal. — *La habanera (cante y cuento)*, por P. Sañudo Autrán. — *Insurrección en Macedonia*, por R. — *Nuevos datos relativos á un notable ceramista del siglo XV al XVI*, por J. Gestoso y Pérez. — *Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados»*, por Justo Solsona. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de edad. Pequeñas miserias*, novela (continuación). — *Crónica científica. Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. **Grabados.** — *Horas tristes*, cuadro de Enrique Luyten. — *La marquesa de Santa Cruz. Abril*, cuadro de Fausto Zonaro. — *Boris Sarajoff. El coronel Jankoff. Insurrección en Macedonia. Tropas búlgaras conduciendo prisioneros á unos insurrectos*, dibujo de F. C. Dickinson. — *Visita de la Virgen á Santa Isabel*, obra cerámica de Niculoso Pisano. — Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica de Aficionados» de Buenos Aires. Fotografías premiadas de E. B. Morales, E. Dubourg, A. Mondelli, A. Quesada, E. Cittadini y S. Mabit. — *Teresa Carreño. Ocho grabados correspondientes á la Crónica científica. Después de la comida*, cuadro de Domingo Fernández y González.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN POCO DE DERECHO

Ando yo siempre temerosa de recomendar ó censurar libros, sobre todo de autores vivientes que se cuentan en el número de mis compatriotas, porque una experiencia tan triste como prolongada sirvió para demostrarme que, no ya los censurados, sino los mismos elogiados, se convierten para quien los ensalza en fieros, irreconciliables enemigos. Dejo correr el río de la literatura, que lleve sus ondas en la dirección que Dios le depara, sin enturbiarlas con todo lo que se me ocurre de crítica y de juicio, porque además el curso de los años nos inclina á la severidad y nos vuelve descontentadizos, y á cada instante mi *escalpelo* se volvería doblemente cruel en sus tajos y cortes.

Pero el tomo que ahora tengo á la vista no es un libro..., entendámonos, no es un libro de *letu*, sino de utilidad, consulta y meditación. Detrás de sus hojas no se esconde una vanidad exacerbada. Se titula *El derecho positivo de la mujer*, y es su autor D. Dionisio Díaz Enríquez.

Al repararlo me entran tentaciones de cambiarle el nombre titulándolo *El tuerto positivo de la mujer*. En efecto, lo que resalta de esta metódica exposición de las disposiciones legales que á la mujer se refieren, es la iniquidad, una iniquidad secular y consagrada, no por eso menos odiosa. En la *Introducción* nos lo dice el autor, de un modo categórico. «En la maternidad, que constituye, indudablemente, su destino natural (el de la mujer), sólo encuentra dolorosos deberes, y no derechos. Si es madre fuera del matrimonio, se le niega hasta el derecho de intentar la investigación de la paternidad del hijo. Todas las ventajas y ninguno de los gravámenes de la unión sexual ilegítima, son para el hombre; todas las vergüenzas, todas las desventuras, para la mujer. Si el hombre se decide por fin á reconocer al hijo, priva á la madre de la patria potestad que adquiere aquél por el reconocimiento, y lo que es verdaderamente cruel, puede separarlos cuando el hijo es mayor de tres años. En el matrimonio es donde halla su dignificación la madre, pero no la esposa. Esta sufre una *capitis diminutio* máxima. Nada es, ni nada puede hacer por sí. Hasta su patria la pierde si el marido es de otra distinta ó se le antoja cambiarla. Si quiere manifestar sus pensamientos por medio de la prensa, el marido puede prohibírselo. Si desea trasladarse á otra población, donde acaso se halle moribundo su padre, su hermano, alguna persona de su afecto, el marido puede impedirlo. La situación de la mujer casada es horrorosa, cuando el egoísmo del marido sobrepuja á su amor.» Y con aguda observación añade el señor Díaz Enríquez: «Todavía más absorbente que la ley, es el sentimiento popular. Este sentimiento exige á la mujer el heroísmo. Si no es heroína..., es *cualquier cosa*. Soltera, la quiere recatada hasta la hipocresía, y sin embargo, doquiera que la halla sola conspira contra su recato. Fuera de las ocupaciones

del hogar doméstico, todas las encuentra propicias al pecado, y la excluye de ellas. Casada, la considera una *cosa* del marido, un siervo sobre el cual tiene mero y mixto imperio...»

Noto algo de consolador, que alienta la esperanza: el hecho de que ninguna persona culta é imparcial que examine despacio la situación de la mujer ante la ley y la costumbre, deja de manifestarse en ese sentido que se llama *feminista* y que no debiera llamarse más que *humano*. ¡Saltan á la vista de tal manera los absurdos lógicos y las injusticias descarnadas! Esta cuestión se reduciría á un poco de buen sentido y de buena voluntad en los legisladores.

En justicia debo añadir que la costumbre es peor ó mejor que la ley, pero siempre manda más y ejerce superior influencia. — No ha mucho leí en una Revista extranjera de sociología que en España á la mujer no se le permite asistir á los establecimientos de enseñanza del Estado. Es inexacto: la ley lo permite; no excluye á la mujer del Instituto, ni de la Universidad; la mujer puede ser bachiller, licenciado, doctor, en Medicina, en Derecho, en Filosofía y Letras. El obstáculo no está en la ley, sino en la costumbre. Pueden ir, pero no van. Esto es más deplorable que si mediase una prohibición; la prohibición desaparecería; el retraimiento manso, rutinario, obstinado, resiste mejor al progreso, y no se sabe por dónde atacarlo, por dónde derrocarlo de su altar de piedra. No debe alegarse, para explicar tal retraimiento, la contradicción de que no sea permitido á la mujer ejercer una profesión para la cual, oficialmente, se le ha reconocido aptitud, después de esfuerzos y dispendios iguales á los de sus discípulos varones; la contradicción existe, es muy cierto, pero su misma enormidad haría que fuese fácil establecer el derecho, si algunas mujeres, adquirida la aptitud, reclamasen y exigiesen con perseverancia su ejercicio. Mientras nadie reclame, el absurdo estará en pie. Ya ejercen la Medicina algunas, contadísimas mujeres: lucharon al pronto con la rutina, y triunfaron. En Madrid tiene clientela y crédito la doctora en Medicina Aleixandre; las pocas doctoras en Derecho, como no intentaron la campaña, se están en su casa con su ciencia, sin aplicarla, no digo yo á ganarse la vida, sino á algo que me parece de mayor interés: á sentar el precedente y afirmar el derecho.

Volviendo al libro del Sr. Díaz Enríquez, lo considero utilísimo: toda mujer — soltera, casada, viuda, monja — debiera tenerlo en el estante de su habitación, en los cajones de su mesa, en su costurero. Conocer la ley, penetrarse de ella (así sea injusta), es ya un modo de defenderse de sus injusticias y caminar hacia su reforma. El peor sistema es el de ignorarla, de dormirse tranquilamente, y despertar chillando cuando la máquina legal nos coge por medio del cuerpo y nos tritura.

Las leyes nos importan demasiado para que no las consagremos un ratito de atención. Abramos el libro del Sr. Díaz Enríquez. Vamos á encontrar en él cosecha de perlas. Ensartemos unas cuantas, sin comentarios.

La investigación de la paternidad natural está prohibida. La maternidad, en cambio, es siempre investigable. Si el padre y la madre reconocen al hijo natural, la patria potestad corresponde al padre. La madre, deshonrada ante el mundo por el nacimiento del hijo, no disfruta, sin embargo, de derechos. «La amplitud — dice el expositor — que se concede para la investigación de la *maternidad*, contrasta con las restricciones establecidas por el Código civil para la de *paternidad*.» Las mujeres no pueden ser testigos en los testamentos, salvo *por caso de epidemia*. Para que la mujer sea albacea, tiene: ó que estar separada legalmente de su marido, ó conseguir la licencia marital. Las hijas de familia mayores de edad, pero menores de veinticinco años, no pueden dejar la casa paterna sin licencia del padre ó de la madre en cuya compañía vivan, como no sea para tomar estado. (Este fué el célebre caso Ubao, que puso en claro que legalmente sólo es *estado* el matrimonio.) La mujer no puede ejercer la tutela, salvo en dos casos excepcionales. En la tutela de los nietos es preferido el abuelo á la abuela, y la abuela de la línea paterna á la de la materna. (Que ya es llevar la sutileza hasta lo más puntiagudo.) La mujer no puede formar parte del Consejo de familia. No puede pertenecer á una Cámara de Comercio. No puede ser síndico en juicio de concurso ó quiebra, aunque en él tenga comprometida su fortuna. — La esfera de la igualdad, para la mujer, es la del Derecho penal. Sus delitos y crímenes se castigan con tanto rigor como los del varón; en cambio, los

delitos especiales contra la mujer, contra lo que en ella más se estima, están penados con penas leves. El honor de una doncella robado por un superior (sacerdote, tutor ó maestro), valen como máximo cuatro años de prisión correccional. El *engaño* á una mujer que ya no es doncella, como máximo, seis meses. El padre que mata á una hija menor de veintitrés años porque la sorprende con su seductor, sólo es castigado con destierro. La infidelidad del marido no siempre es delito, la de la mujer sí. El marido que mata á la infiel sólo incurre en destierro; en la mujer el mismo acto se llama parricidio y puede conducir al patíbulo. El Código impone á la mujer obediencia á su marido; el marido no está obligado sino á protección, sin que la ley defina qué género de protección es esta. Es una relación de inferioridad constante la de la mujer con respecto al marido, en lo legal (sean cuales fueren las costumbres).

El marido administra los bienes de su mujer (excepto los paternos). La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido, y reside donde él quiere. No puede sin licencia comparecer en juicio por sí ó por medio de procurador; ni adquirir, ni enajenar, ni obligarse por contrato. La patria potestad corresponde al marido solamente.

En el libro á que estoy refiriéndome, en el cual se exponen el derecho civil, el penal, el mercantil, el canónico, en su relación positiva con la mujer, echo de menos una hoja (en ella cabría) consagrada al derecho político. Lo absurdo de la situación femenina resultaría de bulto en esa hoja, donde aparecería la mujer sin derecho á votar y con derecho á reinar y regentar el reino: la más extraña de las infinitas contradicciones del derecho femenino.

Insisto en ello; las leyes no son buenas, las costumbres todavía son peores; sobre la base de la legislación española podría la mujer subir bastante, socialmente hablando, y llegar á modificar el derecho en el sentido de la equidad. Los Códigos oprimen á la mujer como cuatro, el hábito secular como veinte. — El caso de la no asistencia á los establecimientos de enseñanza, de que antes hablé, y la apatía en reclamar el ejercicio de profesiones obtenida la aptitud, prueba que es exacta mi apreciación.

Por el camino de la igualdad pedagógica é intelectual en la clase media, y de la igualdad económica en el proletariado, se iría muy lejos en la reivindicación de los derechos de la mujer en otras esferas. Lo segundo creo que viene infaliblemente, opóngase quien se oponga: viene con la marea imponente de la transformación económica; no se evita. Lo primero, en España..., sólo Dios sabe cuándo y cómo podrá venir.

Y á mi ver, hay que reirse de los demás problemas nacionales: la clave de nuestra regeneración está en la mujer, en su instrucción, en su personalidad, en su conciencia. España se explica por la situación de sus mujeres, por el *sarracénismo* de sus hombres.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Dios no condenó al hombre á trabajar; le condenó á vivir, concediéndole el trabajo como circunstancia atenuante.

ERNESTO LEGOUVÉ.

No hay más obra verdaderamente filantrópica que la que ayuda al hombre á ayudarse á sí mismo; quien pide que los demás le sostengan no merece ser sostenido.

ROOSEVELT.

La abnegación no tiene todo su valor sino cuando es ignorada ó no hay testigos para aplaudirla.

FRANCISCO GERNIER.

Para las almas de buena voluntad no hay en la vida un minuto que no tenga su deber.

JULIO LEMAITRE.

En el teatro hay un público que sólo se divierte cuando llora.

ARMANDO SILVESTRE.

Se muere por la familia y por la patria; únicamente un Dios muere por la humanidad.

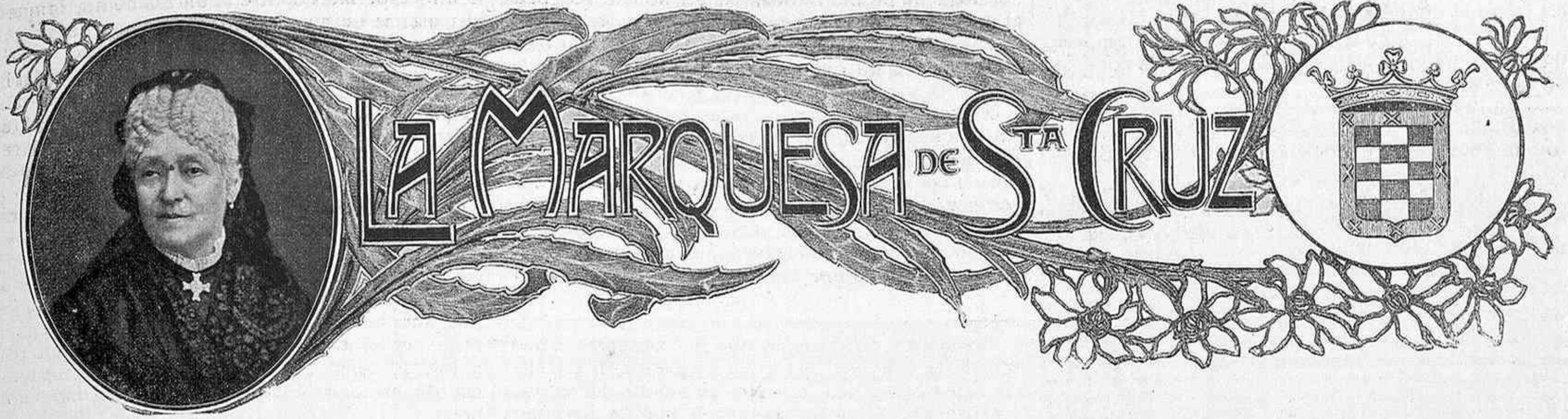
G. M. VALTOUR.

Las libertades públicas tienen por base las costumbres domésticas; las mismas máximas destruyen las leyes de la familia y los derechos de los pueblos.

PROUDHON.

En estos tiempos en que no hacemos más que cambiar de abismos, toda mi política consiste en engancharme delante en las subidas y detrás en las bajadas.

VÍCTOR HUGO.



Durante el período en que dominaron las situaciones nacidas del triunfo de la Revolución de septiembre de 1868, frecuentaba la iglesia parroquial de San Marcos, situada en barrio que era entonces poco poblado de Madrid, una señora que, á pesar de la modestia de su sencillo vestido de lana negro y del manto prendido en sus lisos cabellos blancos, tenía tal aire de dignidad, que involuntariamente llamaba la atención del que la contemplaba.

Yo la veía con frecuencia y no sabía quién era; pero no dudaba de que aquella dama, que iba siempre sola y con su libro de rezos en la mano, que no hablaba sino para contestar á los saludos de los pobres situados á la puerta del templo y á los que con frecuencia daba limosna, debía haber sido algo.

En la edad en que yo me hallaba entonces no suelen ser muy duraderas las impresiones, y al dejar de frecuentar el barrio de San Marcos se eclipsó para mí la figura de aquella señora.

Había pasado algún tiempo y nos hallábamos en los albores de la Restauración. D. Alfonso XII acababa de regresar del destierro y se había instalado con su hermana la infanta doña Isabel, entonces princesa de Asturias, en el regio alcázar donde había nacido y se elaboraba el nuevo reinado, continuando los actos solemnes de corte que la Revolución interrumpiera. Uno de los días en que había recepción en palacio, vi llegar á la puerta principal lujosa carroza de grande y descender de ella con soberana majestad á una dama ricamente ataviada y cuya gallarda y esbelta figura contrastaba con los cabellos blancos, en que se destacaba rizada pluma completando el tocado formado por los florones de heráldica diadema de brillantes.

No era la primera vez que yo veía á aquella señora, pero no sabía quién era, ni acertaba á recordar cuándo ni en dónde la había visto.

— ¡La Santa Cruz! ¡La Santa Cruz!, decían en tanto en un grupo de viejas de las que asisten *por fuera* á las solemnidades palatinas.

— ¡Como esa hay pocas!, continuaban.

— ¡Como que es de raza!, añadían.

Y en tanto la dama había desaparecido en el ancho zaguan, saludada reverentemente per cuantos de librea ó de uniforme hallaba á su paso.

«¡La Santa Cruz!», decía yo sin poder coordinar mis recuerdos, hasta que, de pronto, al alejarme evocé una figura casi olvidada. La de la señora que iba á misa á la iglesia de San Marcos.

En efecto, la respetable dama que yo solía ver hacía algunos años, modesta y severamente vestida de negro, era la que acababa de ver entrar en palacio luciendo espléndidas galas. Las dos tenían de común la distinción de la figura, la majestad del porte; pero aquella, la del manto negro, parecía más anciana, y ésta, la de los brillantes y la pluma, más joven. Mayo la había rejuvenecido. Pero no cabía duda; las dos eran la misma, porque no existía más que una sola con aquella distinción en la que se unían la severidad y la elegancia.

Después tuve ocasión de verla con frecuencia, y alcancé el honor de tratarla, pudiendo apreciar de cerca la que había admirado de lejos.

**

Doña María de la Encarnación Fernández de Córdoba y Alvarez de las Asturias Bohorques, hija de los marqueses de Malpica y de Malpica, duques de Arión, casó el año 1835 con D. Francisco de Borja de Silva Bazán Téllez de Girón, XI marqués de Santa Cruz de Mudela, conde de Pie de Concha, grande de España de primera clase, conde de Balaguer, señor de muchos estados y baronías en Cataluña y en Cerdeña.

Nacida el 27 de junio de 1817, la marquesa de

Santa Cruz se aproximaba á los sesenta en los primeros años de la Restauración.

Su madre había sido camarera mayor de palacio en el reinado de doña Isabel II, ella era dama de la reina, y al proveerse los cargos palatinos cuando D. Alfonso XII se sentó en el trono, se la sacó del retiro de la casa palacio de los Santa Cruz en la calle de San Bernardino, donde se había encerrado voluntariamente, para llevarla á ocupar puesto preeminente en el alcázar regio.

La elección no pudo ser más acertada. En los primeros años del reinado de doña Isabel II, tuvo el cargo de camarera mayor de palacio un carácter político que no podía menos de tener en tiempos de guerra civil. La condesa de Espoz y Mina fué eminentemente liberal y partidaria decidida de Espartero; la condesa de Montijo, madre de la emperatriz Eugenia, no hizo una oposición encarnizada al regente, como la duquesa de Alba, la de Gor y otras de la aristocracia antigua, que se alejaron de palacio después del fracaso de la conspiración de que fué víctima el noble y valeroso general León, el conde de Belascoain, la primer lanza del ejército liberal en los tristes siete años de guerra civil que sucedieron á la muerte de Fernando VII.

Normalizadas las cosas, el cargo volvió á ser puramente palatino y desempeñado con mucha dignidad por la Gor y la Malpica.

**

En los primeros años de la Restauración, la elección de camarera mayor de palacio requería mucho tacto. Las señoras de la aristocracia antigua habían tomado mucha parte en el movimiento político. Las manifestaciones de peinetas y mantillas contra la augusta esposa del caballeroso rey D. Amadeo de Saboya, señora de grandes virtudes y de superior talento que sufrió mucho en España, de donde partió herida de muerte. En las alfonsinas los bailes de los días de San Ildefonso en la antigua y linajuda casa de los condes de Superunda, las reuniones diarias en el hotel de los de Heredia Spínola, un *minué* bailado con traje de época en el palacio Portugalete, habían hecho señalarse mucho á las señoras y no convenía llevar al primer puesto en la alta servidumbre de palacio á una que pudiese excitar odios ó evocar al menos recuerdos poco gratos para elementos que el Sr. Cánovas del Castillo, con sus altas miras de estadista y con sus sentimientos de patriota, deseaba que fuesen á apoyar á la recién restaurada dinastía.

La marquesa de Santa Cruz no estaba en este caso, y el alejamiento del mundo en que había vivido durante el periodo revolucionario aumentaba su prestigio, sin llevar apasionamientos políticos á su acrisolada lealtad.

Tenía entonces el rey, además de la infanta doña Isabel, que recobraba al subir él al trono su rango de princesa de Asturias, tres hermanas en los albores de la juventud, la infanta doña Pilar, la infanta doña Paz y la infanta doña Eulalia.

Siendo niñas habían tenido que abandonar la patria siguiendo á su familia al destierro y volvían á ocupar su puesto al lado del trono de su hermano. La respetabilidad de la marquesa de Santa Cruz, su experiencia de la vida y su conocimiento de la corte, sirvieron entonces mucho á las jóvenes princesas, y cuando cruel dolencia arrebató rápidamente la vida de la infanta doña Pilar, la camarera mayor la prodigó cuidados de madre.

El tacto exquisito de la noble dama se demostró también en los varios incidentes que precedieron á la boda de D. Alfonso XII con su prima doña Mercedes de Orleans y en sus relaciones con la malograda reina, cuya prematura muerte produjo cruel

herida en el alma de la angustiada señora, que desde que enfermó la soberana ni un solo momento se separó de ella hasta recoger su último suspiro.

En la marquesa de Santa Cruz parecía que había dos naturalezas. Una, la hacía ser en la vida íntima la señora humilde, sujeta siempre al cumplimiento de sus deberes, de los que hacía una segunda religión. Otra, la convertía, al aparecer en las solemnidades, como en el tipo perfecto y acabado de la gran dama imponente y majestuosa.

No olvidaré nunca el efecto que produjo en la corte de Portugal cuando como camarera mayor de la reina doña María Cristina acompañó á los reyes de España en una visita que hicieron á los monarcas lusitanos.

Se celebró en el palacio real de Ajuda un gran baile, que inauguraron con el rigodón de honor los soberanos de los dos países, con sus ministros y los altos dignatarios de la corte.

D. Alfonso XII tenía por pareja á la reina doña María Pía, que fué siempre un prodigio de elegancia. El rey D. Luis bailaba con la reina doña María Cristina, en el apogeo entonces de la juventud y de la dicha. El Sr. Sagasta, presidente del Consejo de Ministros del rey de España, era la pareja de la duquesa de Palmella, la camarera mayor de la reina de Portugal, y el gran estadista portugués D. Antonio Fuentes Pereira de Melho, que presidía el gabinete del rey D. Luis, lo era de la marquesa de Santa Cruz.

Figuraban en la regia cuadrilla la marquesa de Molins, dama de la reina de España, y la hermosísima doña Ana de Soussa Cotiño, de la de Portugal. Pues bien: entre aquel grupo de reinas, de soberanos, de príncipes y de grandes damas, se destacó elegantísima la figura de la marquesa de Santa Cruz, con la venerable cabeza de cabellos blancos cubierta de brillantes, llevando con una distinción suprema el rico traje de baile y despertando la admiración y el respeto de cuantos la contemplaron.

Fué aquella la última vez que yo la vi en una gran fiesta y su figura se ha quedado impresa en mi memoria. Algunos años después, y hallándose de jornada en el real sitio de San Ildefonso, falleció el 8 de agosto de 1884.

Había cumplido el 7 de junio de aquel año los 67 de edad. Dios fué compasivo con ella, evitándole el cruel dolor que hubiera experimentado un año después asistiendo á la muerte del rey, que la profesaba un gran respeto, al que ella correspondía con afectos maternos.

En el modesto cementerio del real sitio de San Ildefonso descansan sus restos.

La tumba que los guarda es el sepulcro de una de las damas más gran señora que ha habido en España.

**

De las que ejercieron este cargo con la reina Isabel existen la marquesa viuda de Ayerbe, que fué nombrada en 1850, la duquesa de Denia en 1857, la duquesa viuda de Medina Sidonia en el mismo año, la duquesa de Fernán Núñez en el 59, la condesa de Sástago, actual camarera mayor, en 1862. En el mismo año, la condesa viuda de Sevilla la Nueva y la duquesa viuda de Almodóvar del Valle, que es hoy la que acompaña en París á la reina Isabel. En 1864, la condesa viuda de Tormo, actual camarera mayor de la infanta doña Isabel.

Las dos últimas nombradas en el reinado de Isabel II fueron la duquesa de Villahermosa y la condesa viuda de Torrejón. Las dos primeras de la Restauración, la vizcondesa viuda de Ayala y la generala Martínez Campos.

Durante el reinado de D. Alfonso y la regencia de doña María Cristina, han sido nombradas damas

de honor muchas señoras de prestigio y de elegancia como la duquesa de Alba, la de Santo Mauro, la marquesa de Comillas, la de Monistrol, la condesa de Villagonzalo, la marquesa de la Mina, la condesa de Pinohermoso y otras.

Usan todas como distinción, con el traje de corte, una banda roja, y en los actos de servicio un lazo rojo también que ostenta en el centro la cifra de la reina bajo la corona real, todo en brillantes.

Cuando la dama fallece, la familia devuelve a la reina esta joya, que es de su propiedad, y que entrega con el nombramiento.

Las damas, grandes de España, acompañan a la reina y a las infantas en las solemnidades, hacen por turno riguroso una guardia a la reina, y se diferencian de las damas particulares en que éstas están siempre de servicio, cobran retribución por su cargo y no tienen puesto en las solemnidades palatinas.

Las azafatas que había en tiempos de Isabel II han desaparecido de la servidumbre después de la Restauración, así como los cargos subalternos de moza de retrete, que desempeñaron su papel en el reinado de la reina abuela, sufriendo los epigramas de los cortesanos, que se tapaban picarescamente las narices cuando las veían. Ellas dirigieron una solicitud a la soberana pidiéndola que se les cambiase el nombre por el de *señoritas de tocador*, pero *mozas de retrete* continuaron siendo hasta la Revolución.

La etiqueta de palacio se modificó mucho al subir al trono D. Alfonso XII. El rey dejó de hablar de tú a todos los que se le acercaban, se suprimió el *besa mano* y se entró en las vías modernas sin faltar a los respetos y prestigios, y en todo lo relativo al decoro interior de la Real Casa tuvo gran parte la marquesa de Santa Cruz, a la que el rey D. Alfonso XII y sus hermanas profesaban un profundo respeto.

J. G. ABASCAL.

LA HABANERA

(CANTE Y CUENTO)

La isla de Cuba es una de las porciones de América en que más se conserva el carácter de esos pueblos meridionales que abrasan los rayos de un sol ardiente y embellece una exuberante vegetación.

Cuba es la rica tierra de los ingenios y las hamacas, de la guayaba y de la danza, de ese baile tan dulce como los frutos del país, el trato de sus hijos y las tintas de su cielo.

Tiene algo del suave vaivén de la hamaca y algo también del tango.

La habanera cantada por una cubana es un sueño de sentimientos; bailada, un vértigo de ilusiones.

El compás reposado de la habanera enardece que no enerva, reanima que no decae y despierta la fantasía.

Es un poema de ternura.

La habanera se baila en todas partes; la canta todo el mundo.

Y dicho esto, vamos a decir algo más de una habanera, no en solfa, sino de carne y hueso y nacida en la capital de Cuba.

Entre Cienfuegos y la Habana, mucho más cerca de este último punto que del primero, había un ingenio de un opulento banquero antillano.

Entre las cañas y las palmeras había nacido una hermosa niña que creció en años y fué de esas perlas que guardan las Antillas en su suelo como un tesoro y un portento.

¡Qué bella era la joven!

El sol de Cuba derramaba su luz en sus ojos; el mar había reconcentrado su frescura en sus labios y las flores su perfume en su aliento. Se llamaba Amparo.

No había conocido a su madre.

Cuando fué mayor la llevó su padre a la Habana, esa hermosa ciudad en que la vida tiene tantos encantos y en que nada se echa de menos.

Teatros de primer orden, excelentes hoteles, bailes magníficos, bellos paseos; todo se encuentra allí.

El padre de Amparo había querido presentar a su hija a la sociedad cubana en una espléndida *soirée* dada en la suntuosa morada que poseía en la capital de la Gran Antilla.

Allí concurrió lo más selecto de la culta y distinguida sociedad cubana.

¡Cuántas elegantes y hermosas damas! ¡Cuántos *sportmen*!

Sobresalía entre todas Amparo, que vestía con una sencillez y un buen gusto que ponían de relieve su deslumbradora belleza, esa belleza tropical

de un vapor mercante, en una noche de tormenta, dos pasajeros cuya suerte se ignoraba.

Pocos días después se supo que uno de los naufragos pertenecía a la marina de guerra española, había ido a Cuba con licencia y tornaba a su patria.

Apareció por fin en letras de molde el nombre y el apellido del marino.

Una preciosa joven al leerlo fué presa de un fuerte ataque cerebral.

Los recursos de la ciencia se iban poco a poco agotando. Aquella existencia amenazaba extinguirse.

Un caballero moría de dolor al mismo tiempo que se iba acercando la muerte a la interesante y simpática enferma.



Abril, cuadro de Fausto Zonaro

que en la Naturaleza y en sus hijas ostenta Cuba.

Un joven de porte distinguido, de fisonomía interesante y simpática, llevó del brazo un buen rato y bailó la primera habanera que tocó la orquesta con Amparo, cuyos encantadores ojos cambiaban de vez en cuando sus miradas con las de su pareja.

Este vestía el uniforme de marino.

Ambos tenían el alma virgen, y sus impresiones se dibujaban en sus rostros como en el agua transparente.

Pronto pasaron aquellas horas tan agradables para todos, tan breves para muchos, tan fugaces para Amparo y para el marino.

Terminó el baile, como terminan los sueños dulces, dejando un recuerdo vivo y embriagador que permanece por algún tiempo con el carácter de una realidad que se va poco a poco desvaneciendo, de una sombra que va perdiendo sus contornos y se va reduciendo a un punto negro casi imperceptible.

Los periódicos de la Habana dedicaron extensas líneas al relato de un suceso de esos que siempre atraen la atención pública.

Próximo a la costa de Cuba habían desaparecido

Era una noche tranquila para todo el que no sufriese los males morales del cuerpo y del alma que habían herido mortalmente al caballero y a la joven.

En la casa del lado se celebraba una alegre fiesta. Pronto se dejó oír la orquesta, que empezó a tocar diferentes piezas de baile.

Se hizo también honor a la habanera, cuyas notas llegaron a los debilitados oídos de la paciente como un recuerdo desgarrador, como una triste y desconsoladora salmodia, al mismo tiempo que en la puerta de la silenciosa casa de la enferma oyéronse varios golpes que resonaron en el corazón de la joven. No parecía sino que hubieran llamado a él.

Un joven oficial de marina, pálido, demacrado, con el sello del sufrimiento en el rostro, penetró en la habitación de la enferma abrazando a un hombre de cuyos ojos brotaban abundantes lágrimas.

El marino era el joven que había bailado la habanera con Amparo en el baile con que hizo su presentación en el mundo, la enferma era ella y el caballero era su padre.

El novio de Amparo se había arrojado al mar para salvar la vida a una mujer que trató de poner fin a sus días.

Luchó el joven con las olas embravecidas, pudo salvarla, acertó a pasar por allí otro buque y los recogió a su bordo.

En el que iban no se dieron cuenta de la tragedia, ya por la obscuridad de la noche, ya por el ruido ensordecedor de las agitadas olas. El marino contó el hecho, ocultando el nombre de la persona a quien había salvado la vida.

El ingenio de que hablamos en un principio presentaba un alegre aspecto. Los negros saltaban de gozo y bailaban el tango en medio de exclamaciones y gritos.

Se celebraba allí la boda de Amparo, completamente restablecida de su enfermedad, con el joven oficial de marina español.

En medio de la inmensa dicha que experimentaba la novia, una oscura nube venía a empañar el cielo de aquella felicidad. Echaba de menos a su madre, a quien no había conocido.

Cuando esto pensaba, una mujer que semejaba un esqueleto envuelto en un traje negro, esperaba oculta bajo un árbol el paso de la comitiva nupcial.

Al acercarse ésta se destacó del tronco como un fantasma, y haciendo un esfuerzo supremo se fué a la novia con los brazos abiertos, y un prolongado y estridente «¡Hija mía!» salió de sus labios y cayó al suelo muerta.

Amparo tuvo al fin al lado a su madre en el día de su boda. Se arrojó sobre ella y la cubrió de besos y de lágrimas. El padre hubo de apoyarse en el brazo del novio para no caer desvanecido. Sentía que el remordimiento le ahogaba con la sangre del corazón que pugnaba por subírsele a la garganta.

Amparo debió la vida a un devaneo de su padre, quien arrancó a la víctima su hija y la condenó para siempre a no poderse llamar madre suya.

Por haberle salvado la vida en el mar, ostentaba el marino una cruz que únicamente se concede a los que llevan a cabo acciones heroicas: la cruz de Beneficencia.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

INSURRECCIÓN EN MACEDONIA

La implantación de las reformas que para el gobierno de Macedonia propusieron Austria y Rusia á

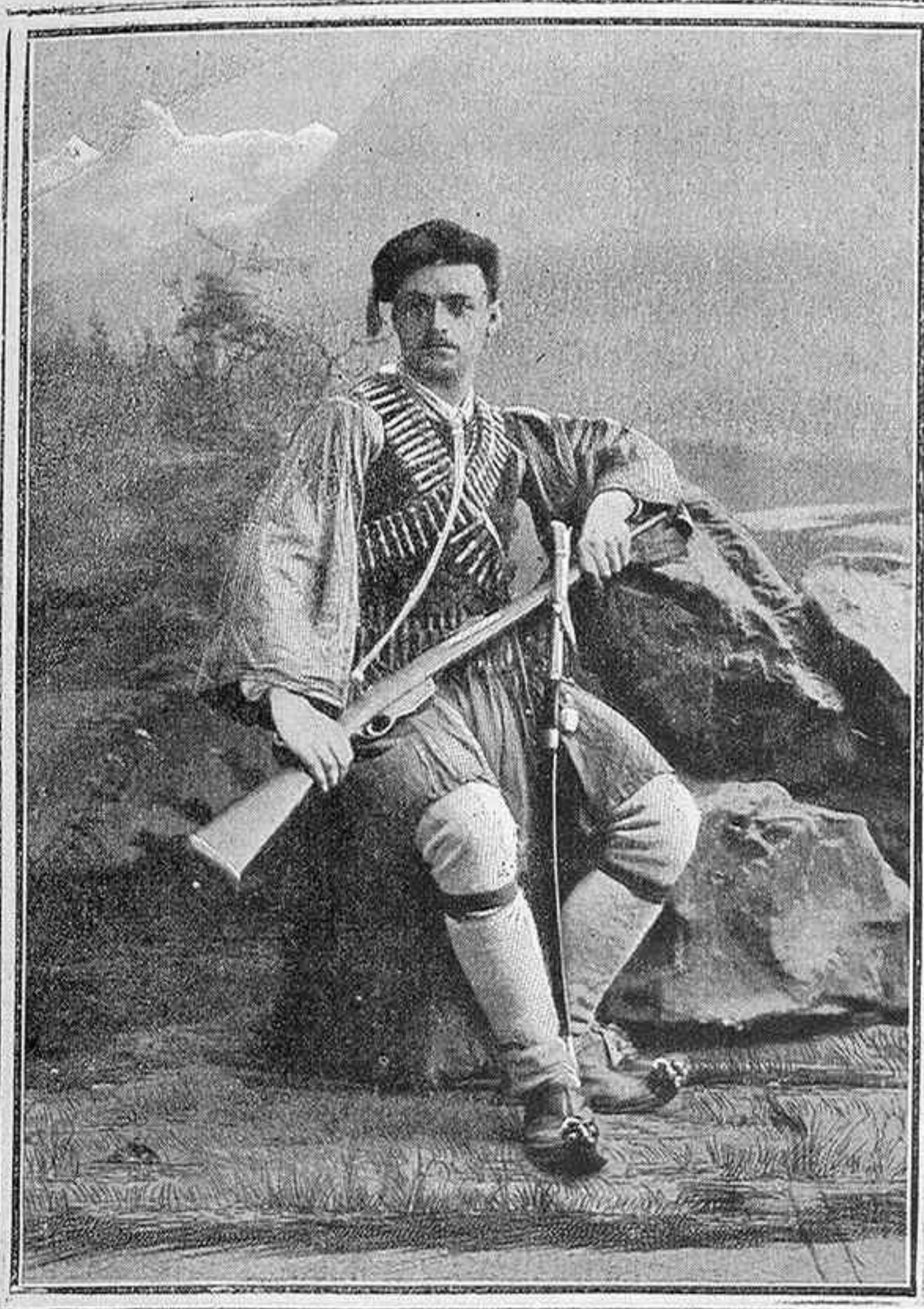
también de ellas y se oponen á su planteamiento. En distintos puntos se han levantado partidas armadas que en vano tratan de destruir las numerosas tropas que para combatir las ha enviado allí el sultán y que se encuentran distribuidas entre los distintos vilayets; los insurrectos, favorecidos por los accidentes del terreno que tan bien conocen y apoyados por la población cristiana que con ellos simpatiza, logran casi siempre escapar á su persecución y en no pocas ocasiones causar numerosas bajas á sus perseguidores.

La organización revolucionaria tiene dividida la Macedonia en varios distritos, los cuales se subdividen, á su vez, en aldeas: en cada una de estas últimas hay un comité, compuesto de cinco, seis, hasta de diez personas, denominadas los *fielles*, cuyas órdenes obedecen ciegamente los respectivos afiliados. Esta organización tiene naturalmente su gran fuerza en el secreto, siendo muy pocos los que conocen los nombres de los jefes del movimiento y están con ellos en contacto; hay diversos grupos de iniciados y cada uno tiene su santo y seña especial para darse á conocer. Los casos de traición son muy raros y se castigan siempre inexorable y prontamente con la muerte. Finalmente, el Comité revolucionario tiene su plan completo de movilización y sus depósitos de víveres y municiones.

Entre las más notables personalidades de este movimiento revolucionario sobresalen Boris Sarafoff y el coronel Jankoff.

Sarafoff es el conspirador é insurrecto de tipo clásico. Macedonio de nacimiento, educóse en Bulgaria y entró al servicio del gobierno búlgaro; pero no tardó en romper sus compromisos con éste para

puesto autor de un asesinato. Absuelto en el proceso que se le siguió, recorrió Macedonia, Rumelia oriental y Servia y regresó en 1902 á Sofía para



BORIS SARAFOFF, jefe de los insurrectos macedonios



EL CORONEL JANKOFF, uno de los principales jefes del movimiento revolucionario búlgaro-macedonio

la Sublime Puerta, encuentra en todas partes dificultades, hasta el punto de que cada día parece más imposible la solución pacífica del problema que tanto preocupa á las grandes potencias europeas. Los búlgaros macedónicos declaran que tales reformas son insuficientes, y los albaneses, temerosos de que se proceda á un desarme general, protestan

consagrarse por entero á la empresa de libertar á sus compatriotas del yugo de Turquía. En un principio rindió culto á la idea de la «Gran Bulgaria» y predicó la anexión á la misma de Macedonia; pero desde hace dos años sueña con una Macedonia autónoma, lo cual le ha atraído la enemistad de Bulgaria, cuyo gobierno le prendió en 1901 como su-

combatir al comité macedonio que allí funcionaba; y habiendo sido vencido en aquella lucha, separóse del partido moderado y planteó por su cuenta una nueva organización.

El coronel Jankoff, que sirve en el ejército búlgaro, ha sido recientemente arrestado por su gobierno á consecuencia del manifiesto del tsar de Rusia



INSURRECCIÓN EN MACEDONIA. - TROPAS BÚLGARAS CONDUCIENDO PRISIONEROS Á UNOS INSURRECTOS, dibujo de F. C. Dickinson sobre un croquis de R. Carnegie

F.C.D.

que amonestaba á los búlgaros y les invitaba á no tomar parte en el movimiento revolucionario macedonio. Para este personaje la cuestión de la anexión de Macedonia por la Bulgaria es una cuestión secundaria. «Lo importante — ha dicho en una reciente entrevista con un periodista italiano — es que esos pobres macedonios, sean ó no búlgaros, puedan vivir. Seguir así es imposible, vale más la muerte; y por esto creo que cuantas medidas se adopten serán inútiles: en cuanto cese el frío, estallará potente la insurrección y nosotros la auxiliaremos á pesar de todas las tropas escalonadas en la frontera.» — R.

NUEVOS DATOS

RELATIVOS Á UN NOTABLE CERAMISTA
DEL SIGLO XV AL XVI

Desde que el ilustre hispanófilo Barón Ch. Davillier, tan conocido por sus notables estudios críticos acerca de preciadas joyas de nuestras industrias artísticas, ocupó su atención en el examen de las obras que en sus días conocíanse debidas al peritísimo ceramista italiano Francisco Niculoso Pisano, hasta el presente, han transcurrido 37 años sin que la diligencia de otros autores haya podido ampliar los datos aportados por el ilustre Barón, limitándose lo que sabíamos á lo dicho por aquél en sus interesantes artículos, que vieron la luz pública en la *Gazette des Beaux Arts*.

Que en 1503 ejecutó el bellísimo retablo de la Visitación de Nuestra Señora á Santa Isabel en la capilla del Real Alcázar (1) y la laude sepulcral del esclavo Iñigo López en la iglesia de Santa Ana de Triana, y que en el siguiente año terminaba los adornos de la incomparable portada del monasterio de Santa Paula, obras todas que existen en Sevilla, y que, á juzgar por el estilo artístico en ellas dominante, pudo y puede afirmarse que el insigne maestro reflejó en ellas elocuentemente el exquisito gusto que revelan las producciones del gran artista florentino Lucca della Robbia, era, en síntesis, cuanto hasta entonces se sabía y cuanto fué dable decir.

Mas tarde, en 1881, el malogrado pintor sevillano D. José Alonso Morgado dió á conocer otra inestimable producción del eximio artífice, dejándonos extensa descripción del retablo que yace en el mayor abandono en la iglesia de Tentudia, en la Calesa de León, provincia de Badajoz. Después de esto, repetiremos, ni una palabra más de crítica, ni la menor noticia, ni el más insignificante documento que á lo menos comprobare su existencia en un lugar determinado.

Y sin embargo de tan impenetrable y largo silencio, nos habíamos preguntado: ¿es posible que el ilustre artífice no hubiese producido otras obras en los años que mediaron desde 1503 hasta 1518, fecha consignada en el retablo de Tentudia? ¿Cabe suponer que permaneció inactivo, que tan poca resonancia tuvieron aquéllas, que en Sevilla, emporio entonces de las grandezas de la nación, y en otras poblaciones, pasaron inadvertidos los talentos del Pisano, el cual ofrecía procedimientos técnicos en la cerámica decorativa desconocidos por completo en España?

Por fortuna, no se ha extinguido en nuestra patria la afición á las investigaciones artísticas; cierto que somos pocos los que, según el decir de muchos, *perdemos el tiempo* revolviendo archivos para obtener, después de penosa y lenta labor, la *inocente* satisfacción de ilustrar con nuevos datos la biografía de algún artista ó artífice, que ó bien era casi desconocido, ó había sido mal juzgado; y precisamente

esto nos ha pasado con Francisco Niculoso, acerca del cual, después de registrar escrupulosamente los archivos de la Catedral, del Ayuntamiento, de Santa Ana de Triana y el general de protocolos, podemos hoy ofrecer al curioso nuevos é inéditos datos que servirán de base para la más completa biografía del

protección de la Reina Católica, parienta de la marquesa.

Desde la fecha última citada hay que llenar una laguna de dos años sin que hayamos encontrado rastro alguno; pero del 2 de noviembre de 1510 tenemos otro documento de excepcional interés. Claudio de la Cruz, imaginero francés residente en Sevilla, dió poder á Giralte Vélez Alemán, zapatero, para que en su nombre cobrase de «Niculoso, ollero de imaginería, vecino de Triana,» cuanto le debía del tiempo que estuvo á su servicio «en que le hizo una figura al natural á la *jeunesse* del dicho Niculoso,» por la cual había de darle cuatro ducados. Vemos, pues, que para las obras escultóricas, que luego serían por él policromadas, valíase de imagineros como Claudio de León y de su camarada el eximio Pedro Millán, según de éste lo acreditan los medallones de la portada de Santa Paula.

De un documento otorgado en 1513 consta que años antes había sido arrendador de la renta de las alcabalas de las ollerías, y en los de 1514, 15, 16, 17, 18, 19 y 20 vémoslo citado como padrino de bautismo en los libros parroquiales de la referida iglesia de Santa Ana.

Otro documento interesante que hemos hallado es el contrato que otorgó con los frailes de San Pablo de esta ciudad, á 13 de noviembre de 1518, obligándose á fabricarles 6.000 ladrillos y 1.000 alizares, cuyos dibujos describíense en la escritura, la cual contiene el único autógrafo que de él hemos visto, por cuya rareza lo reproducimos aquí en facsímile.

Niculoso Pisano



VISITA DE LA VIRGEN Á SANTA ISABEL,
obra cerámica de Niculoso Pisano, que se conserva en el Museo de Amsterdam

ceramista italiano, que no dudamos habrá de hacerse algún día.

En los *Padrones* del vecindario de Triana del año 1482 hemos visto que á un Francisco Pisano repartieron un lancero; esto es, que lo obligaron á contribuir con uno de aquéllos para los menesteres de la guerra. Pero ¿será este nuestro Niculoso? No podemos afirmarlo ni negarlo.

En 1503, como ya hemos dicho, ejecutó la laude sepulcral de Iñigo López.

En 1504 la portada de Santa Paula y el retablo de la Visitación de la Virgen en el Alcázar; y dos años después, en el de 1506, pagábale la Fábrica de la Catedral 3.000 maravedises por los azulejos que dió para adornar la silla del prelado en el coro de dicha iglesia.

De mayo de 1508 es el primer documento que hemos tenido la satisfacción de hallar. En él consta que «Niculoso Francisco, ollero, *marido de Elena del Villar*, vecinos de Triana, tenían que pagar al hospital y cofradía de San Justo y Pastor,» que era el de los ciegos, un tributo de 1.000 maravedises y un par de gallinas anuales, impuesto sobre casas que compraron en el citado arrabal á Cristóbal García, marinerero.

Cuatro meses después, en viernes 8 de septiembre, fué bautizado en la parroquia de Santa Ana su hijo Juan Bautista, habido en la citada Elena, siendo sus padrinos los canónigos Alfaro y Solís, y madrinas Isabel Salvago y Violante Gudynys, «sobrina de la marquesa de Portugal,» que no era otra que doña Isabel Enríquez, marquesa de Montemayor, espléndida edificadora de la iglesia de Santa Paula, la cual, con su marido el condestable D. Juan, vinieron de aquel reino al de España para buscar la

que aparece en los fragmentos de decoración mural encontrados en Flores de Avila por el docto arqueólogo nuestro querido amigo el Sr. D. Manuel Gómez Moreno y Martínez.

Terminaremos este artículo dando cuenta de otra obra suya que se encuentra fuera de España, la cual indudablemente procedió de sus talleres de Triana, ignorándose el año en que fué ejecutada.

En la Exposición retrospectiva de arte ornamental portuguesa y española celebrada en Lisboa en 1882, figuró como perteneciente á la casa real lusitana un cuadro que representaba el asunto de la Visitación de la Virgen á Santa Isabel.

Hicimos lo posible por procurarnos reproducción fotográfica de esta obra, pero no pudimos satisfacer nuestros deseos, hasta que en septiembre último sorprendiéndonos nuestro amigo, el docto coleccionista de cerámica Excmo. Sr. D. Guillermo J. de Osma, remitiéndonos la fotografía de dicho cuadro, que posee actualmente el Museo de Amsterdam, cuya reproducción ofrecemos adjunta.

Después de cuanto dejamos expuesto podrá preguntarse: ¿tuvo alguna influencia el maestro Niculoso en el arte cerámico español? Fácil es la respuesta. Fué tanta la que ejerció, que dejó formada una notabilísima escuela, especialmente en Sevilla; pues como continuadores de su técnica artístico-industrial pueden citarse los nombres de artífices de tanta pericia como Cristóbal de Augusta, los hermanos Gambarinos y otros muchos más que fueron transmitiendo á sus sucesores durante dos siglos las buenas prácticas y los conocimientos del Pisano.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

Sevilla, 1903.

(1) Ceán Bermúdez alcanzó á ver otro retablo en el Alcázar, del mismo Niculoso, que hace años desapareció.

SEGUNDO CERTAMEN

DE LA «SOCIEDAD FOTOGRAFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS»

Los certámenes fotográficos periódicamente organizados por la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados», de la que tantas veces nos hemos ocupado con el elogio merecido, á la par que sirven de emulación excitando á sus socios á estudiar y aplicar todos los adelantos modernos, permiten reunir en sus magníficos salones una numerosa é interesante colección de obras preciosas que han obtenido los primeros premios en los disputados concursos.

Los resultados verdaderamente maravillosos de su primer concurso, celebrado á fines de 1901, animaron á la Comisión Directiva á establecerlos con carácter reglamentario, y si bien el efectuado á últimos de 1902 hubo de luchar con el recuerdo y las obras del anterior, en conjunto no ha desmerecido en lo más mínimo y quizás lo ha superado en alguno de los grupos.

ciones de gusto artístico de primer orden, y sobre todo son de una ejecución tan clara, tan perfecta que parece imposible que á tanto pueda llegar el arte fotográfico. Los soberbios paisajes, las espesas arboledas, los poéticos lagos, aparecen reproducidos con una precisión y una riqueza de detalles superiores á todo encomio.



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» - Fotografías de D. Emilio B. Morales que obtuvieron el tercer premio del primer grupo, remitidas por D. Justo Solsona.



Lo mismo podemos decir de las de D. Emilio B. Morales, recompensadas con el tercer premio: esos árboles agitados por el viento, esas aguas cuya superficie riza el soplo del aire, esa perspectiva, ese ambiente que en todas ellas se admira, son casi la última palabra en materia de fotografía. Los paisajes reproducidos son soberbios y están tomados del intrincado laberinto de ríos, arroyos y canales que forman los numerosos brazos del delta del Paraná al juntar sus aguas con el Uruguay, para formar el inmenso y majestuoso Río de la Plata.

Los Sres. Mondelli, Dubourg y Morales pueden estar satisfechos de sus premios y clasificaciones respectivos dentro del grupo I, que era indudablemente el más difícil y que ha sido también el más disputado, pues en él han figurado los elementos más entusiastas y valiosos de la Sociedad, que, por lo visto, no cejan un momento en su empeño por colocarla en el pináculo del arte y de la mecánica fotográficos.

Particular mención merecen las fotografías que han ganado los tres premios del grupo I, especialmente las de D. Aristides Mondelli, que obtuvieron el primer premio adscrito á la copa de honor.

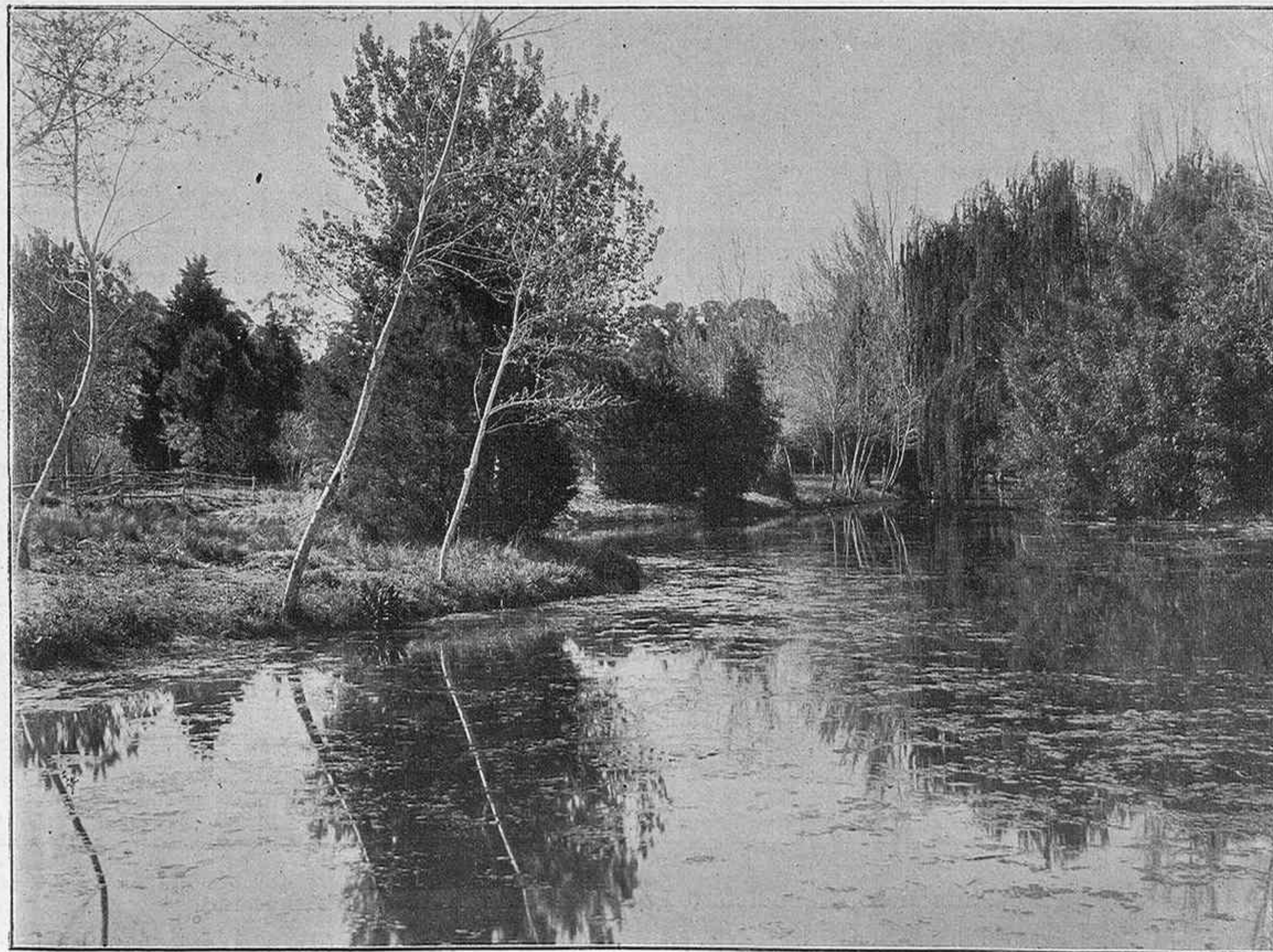
El Sr. Mondelli, haciéndose perfectamente cargo de las cualidades requeridas para las obras de dicho grupo, dedicado por completo á la naturaleza, al majestuoso espectáculo del paisaje, no sólo escogió panoramas bellísimos de la tierra argentina, sino que, además, se complació en acumular dificultades que ha vencido con exquisito arte, pareciendo sus trabajos, más que fotografías tomadas del natural, copias de verdaderos cuadros compuestos por inspirados artistas. De las seis fotografías premiadas no sabríamos á cuál dar la preferencia sobre las demás, pues en todas hay detalles geniales de gusto en la elección de momento, y en todas se armonizan de un modo admirable, sugestivo, los componentes, el cielo, el agua, los árboles, las figuras. Analizándolas detenidamente se ve la justicia con que procedió el imparcial y entendido jurado otorgando al Sr. Mondelli la más alta recompensa concedida en el certamen.

El segundo premio del mismo grupo lo obtuvo D. Ernesto Dubourg, cuyos paisajes reúnen condi-

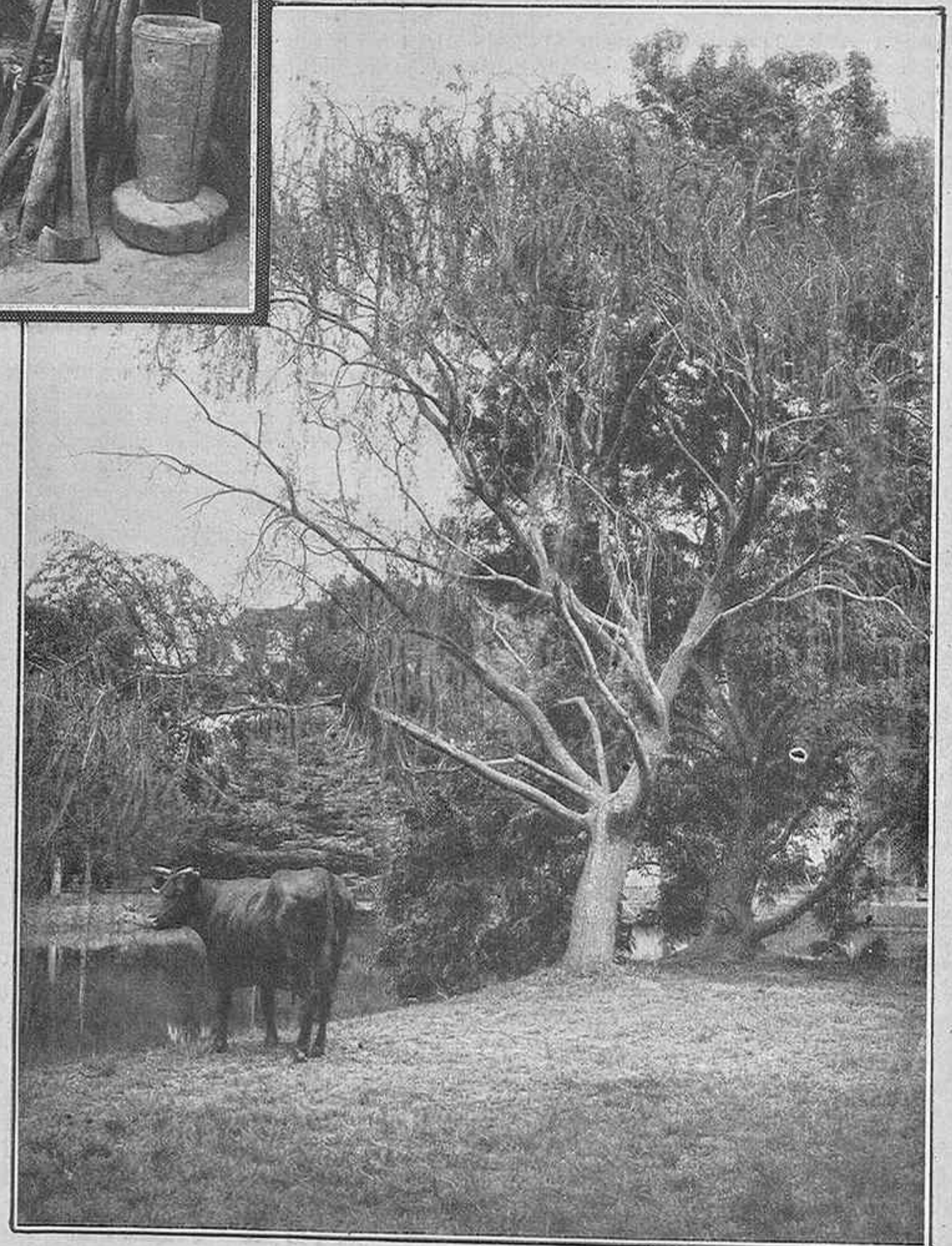
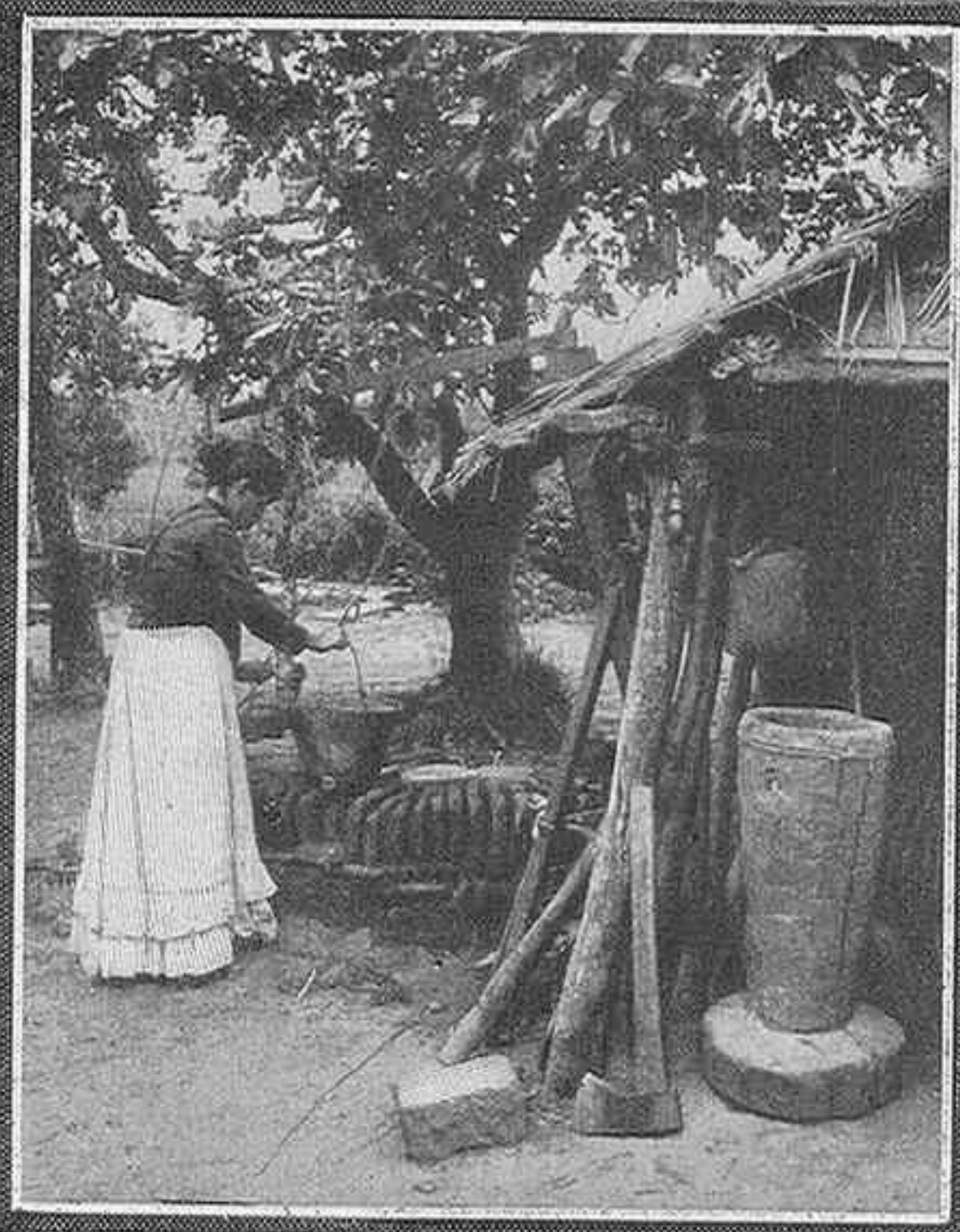
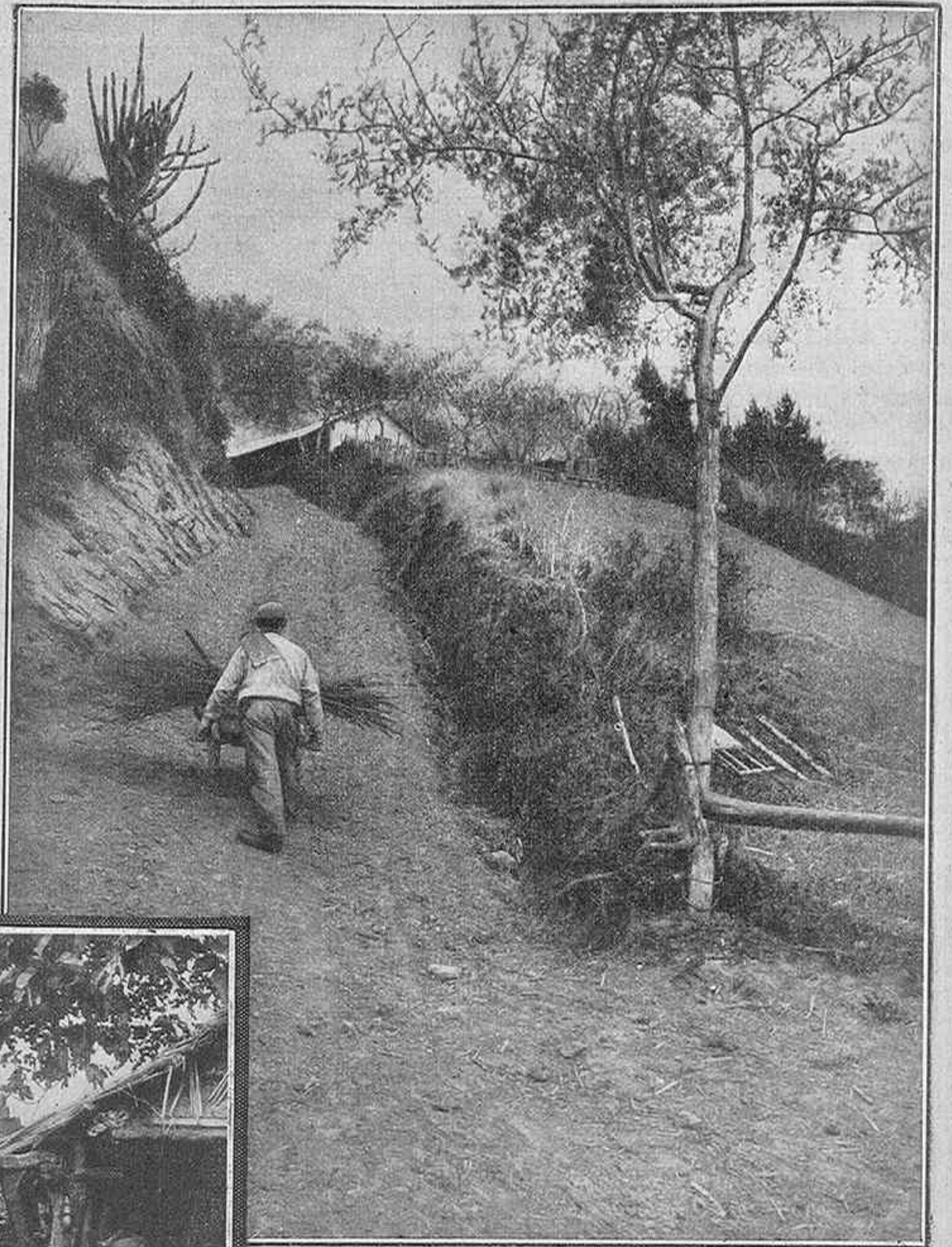
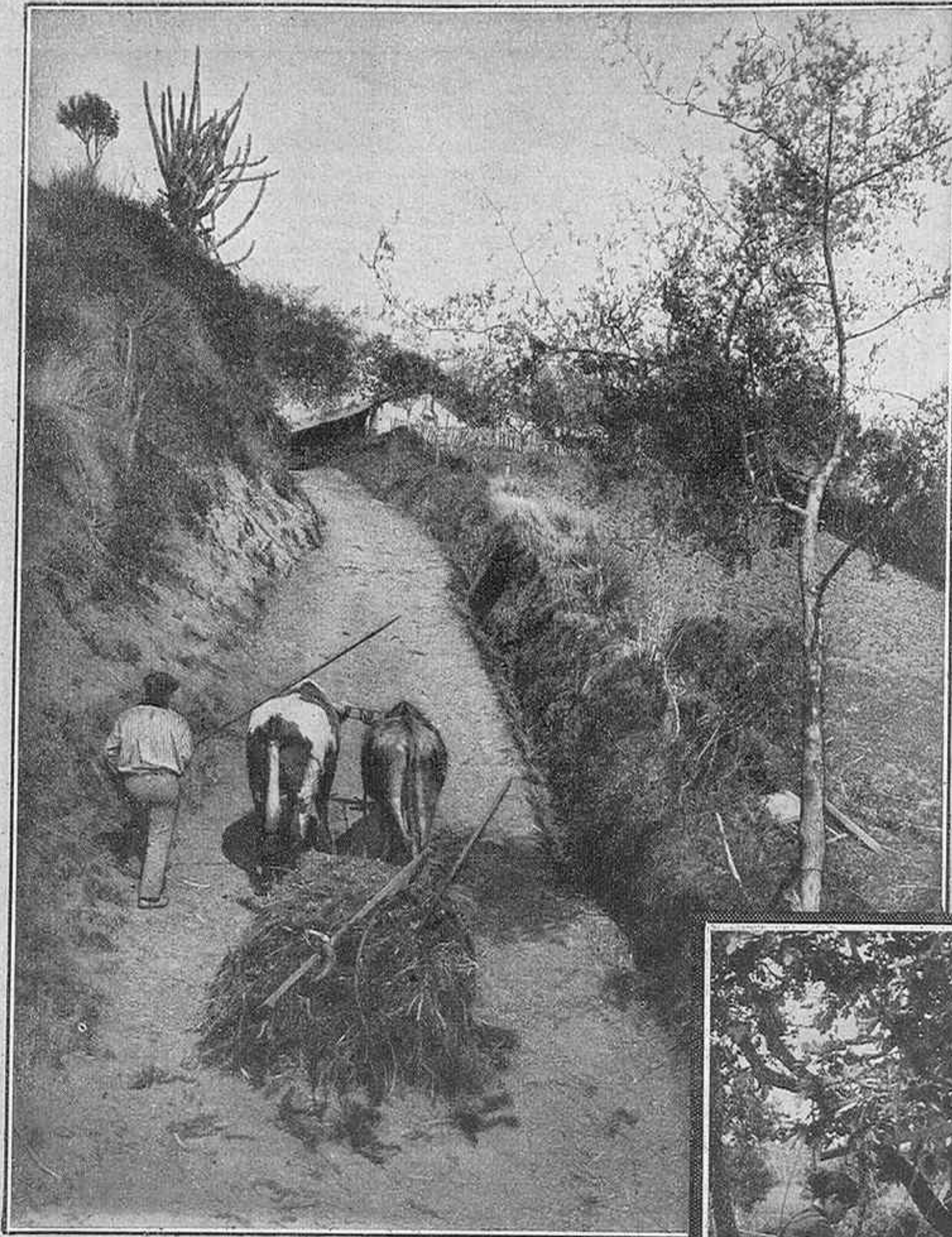
El jurado no encontró méritos bastantes en ninguna de las colecciones del grupo II para concederle el primer premio, que quedó, por consiguiente, sin adjudicar; y aunque, en nuestro humilde concepto, merecía algo más que un segundo premio la serie presentada por D. Sebastián Mabit, el rigor con que ha procedido el jurado indica la seriedad que en su fallo ha presidido y el deseo de perfección que anhela ver en todos los socios.

Difficil en extremo es el género fotográfico que toma por modelos criaturas de corta edad, en las cuales no es cosa fácil sugerir la idea del operador: obtener de un niño que sienta en un momento dado lo que el fotógrafo quiere, es punto menos que imposible; sorprenderle en un instante en que por su propio impulso siente algo digno de fotografiarse, es labor que sólo á la casualidad puede deberse. De aquí que la inmensa mayoría de obras de este género pequen de falta de espontaneidad en el primer caso y de falta de interés en el segundo. Pero el Sr. Mabit ha sabido vencer todas estas dificultades y ha obtenido un verdadero triunfo en las fotografías al concurso presentadas.

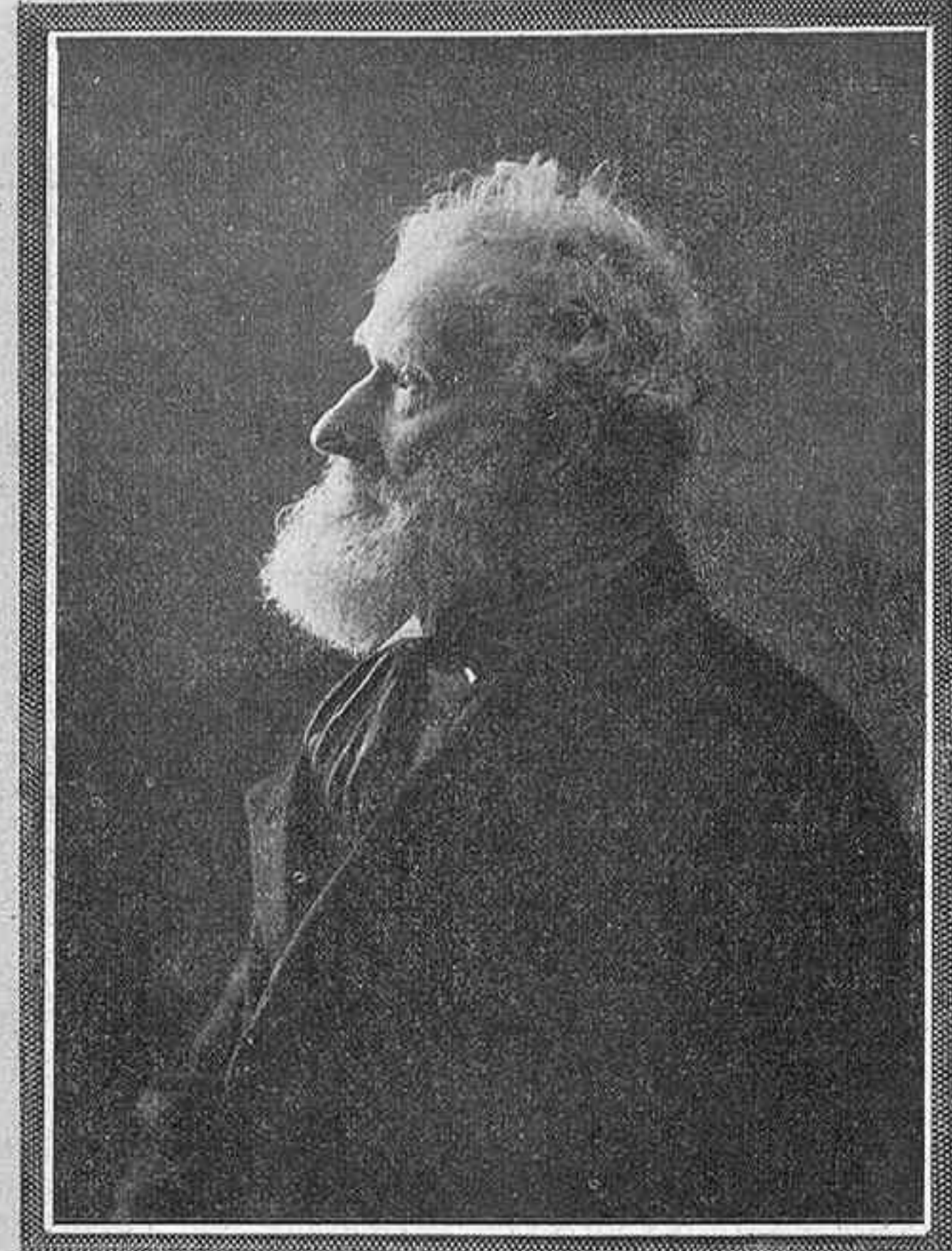
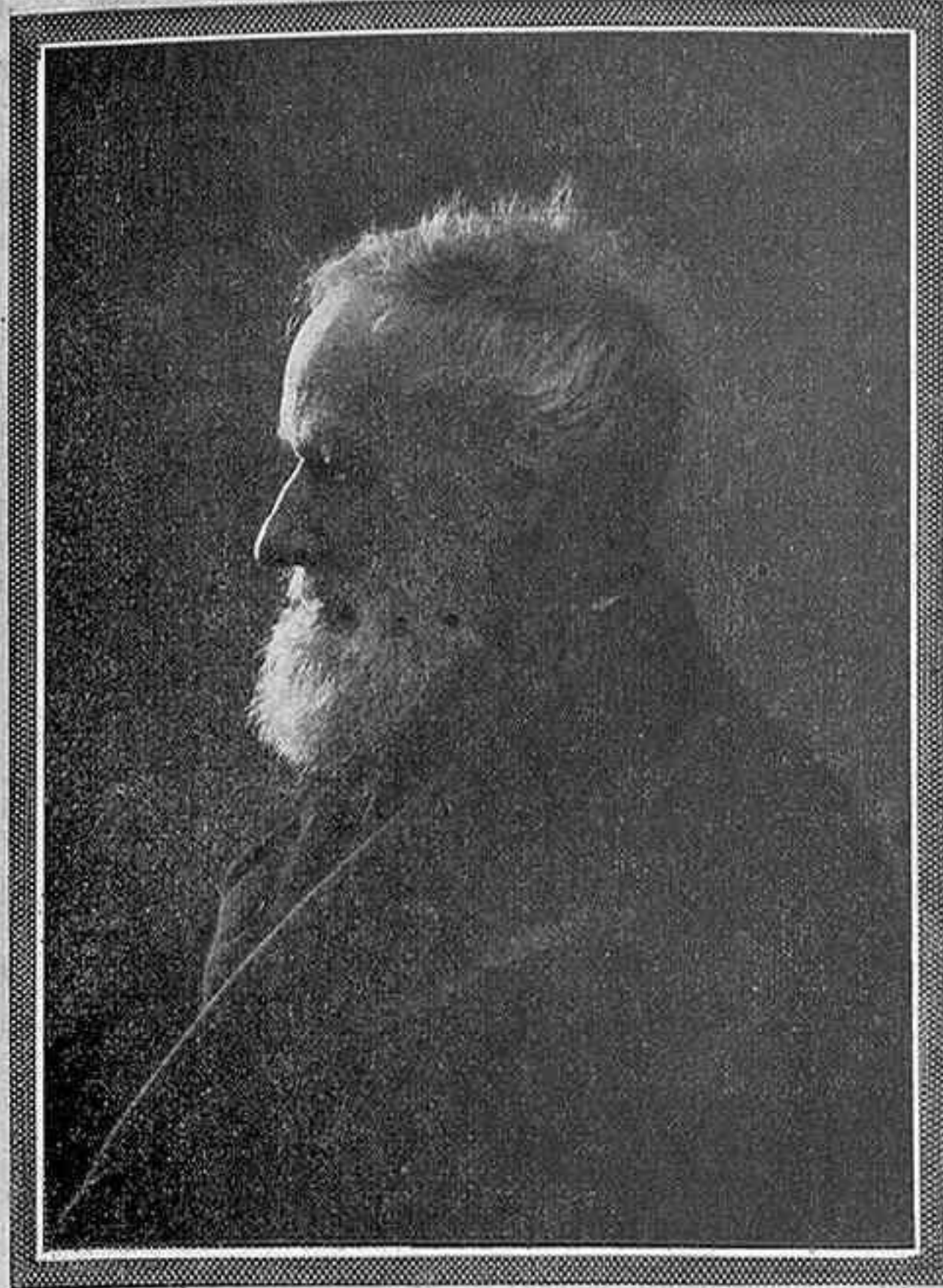
En el grupo IV, dedicado al retrato, obtuvo el primer premio



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» Fotografía de D. Ernesto Dubourg (2.º premio del grupo I), remitida por D. Justo Solsona



Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados»
Fotografías de Arístides Mondelli que obtuvieron el primer premio, adscrito á la copa de honor (remitidas por D. Justo Solsona)



Segundo certamen de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» - 1, 2 y 3. Fotografías de D. Alfredo Quesada (primer premio del grupo V).
4. Fotografía de Enrique Cittadini (2.º premio del grupo V.) - 5, 6 y 7. Fotografías de Sebastián Mabit (2.º premio del grupo II). (Remitidas por D. Justo Solsona)

la colección de D. Alfredo Quesada, que puede citarse como modelo de estudios de luz y de fisonomías. Todas son obras acabadísimas, pero por encima de todas ellas sobresale el precioso busto femenino, que es una verdadera maravilla.

El segundo premio fué concedido al Sr. Cittadini, cuyos trabajos reúnen también excelentes condiciones.

Notables son también las obras premiadas en los demás grupos, tales como vistas tomadas con máquinas pequeñas, estereoscópicas y cinematográficas.

Tales son las impresiones que hemos sacado del último concurso, de cuya importancia podrán juzgar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por las reproducciones de las principales fotografías premiadas.

Para terminar, enviaremos nuestros más entusiastas plácemes á la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» gracias á cuyo celo ha llegado la fotografía en la República Argentina á un grado de perfeccionamiento superior á todo encomio, puesto que no sólo proporciona en sus talleres á los socios todas las facilidades para emplear los procedimientos más modernos y más recomendados, bajo la dirección de experimentados profesores, sino que además fomenta la educación del gusto con lecciones de estética, de armonía en los grupos, de gradaciones de luz; en una palabra, de todo cuanto contribuye á convertir en verdadero arte la mecánica fotográfica.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, febrero de 1902.

NUESTROS GRABADOS

Teresa Carreño.—Han transcurrido próximamente treinta años desde la fecha en que la entonces precoz artista Teresa Carreño, precedida de los recientes triunfos que en América se le habían tributado, comenzó á obtener en Europa los extraordinarios éxitos que han cimentado su fama, asignándole el elevado concepto de celebridad musical.

«Por esta vez ni la fama ha mentido ni el público se ha equivocado: la gran artista nos ha convencido á todos, y el público le ha hecho una de las mayores ovaciones que en mi vida he presenciado.» Así dice un distinguido crítico madrileño al ocuparse de los conciertos ha poco celebrados en la corte, y así debemos repetir nosotros después de haber tenido ocasión de asistir á los que la eminente pianista acaba de dar en el teatro de Novedades de esta ciudad.

Diffícil sería en breve espacio exponer cuanto podría decirse acerca de sus indiscutibles merecimientos: consignaremos únicamente que su estilo es amplio, de magníficos efectos, sin perderse en los detalles; que el mecanismo no tiene secretos para ella, que su pulsación es perfecta, que interpreta los grandes maestros con personalidad propia, en una palabra que es todo un temperamento artístico. Estas cualidades las ha puesto de manifiesto en los dos citados conciertos de Novedades tocando de una manera prodigiosa composiciones de Beethoven, Schumann, Schubert, Chopin, Listz y Grieg, que por sus distintos estilos se prestan admirablemente á aquilatar los méritos de quien las ejecuta.

El triunfo obtenido entre nosotros por Teresa Carreño ha sido tan entusiasta, como merecido; de él conservará sin duda grato recuerdo la artista eminente, como lo conservará también nuestro público del placer disfrutado en las dos audiciones.

Teresa Carreño nació en Caracas en 1853 y fué discípula de Gottschalk primero y después del reputado Mattias. A los 13 años dió á conocer en público recorriendo Europa y América y logrando en todas partes grandes aplausos; los éxitos de esta brillante *tournee* no la desvanecieron; antes al contrario, sirviéronle de estímulo para perfeccionarse en su arte y para reanudar con más entusiasmo que nunca sus estudios. En 1889 hizo su reaparición en Alemania, y desde entonces se considera como una de las más grandes eminencias en el arte del piano. Además de pianista es compositora de no comunes disposiciones, siendo prueba de su talento como tal el vals brillante que pudimos admirar y aplaudir en el primero de sus conciertos.

Horas tristes, cuadro de Enrique Luyten.—El autor de este cuadro nació en 1859 en Roermond (Holanda), pero desde muy joven se trasladó á Amberes, en cuya Academia hizo sus primeros estudios que luego completó en París. Muy joven todavía, alcanzó gran notoriedad con sus cuadros inspirados en la vida de los obreros belgas, y en 1893 consiguió un verdadero triunfo y se conquistó gran renombre con un lienzo de grandes dimensiones que representaba una huelga de mineros y que más tarde convirtió en tríptico añadiéndole dos composiciones laterales que completaban el pensamiento capital de la obra. Su verdadero elemento es la existencia del pueblo trabajador, cuyos episodios reproduce en bellísimos interiores y en hermosos paisajes. No se le puede calificar de imitador de ningún maestro; siente la naturaleza con sentimiento propio y vigoroso, concibiéndola grandiosa y sencilla y reproduciéndola en trazos enérgicos y colores acentuados; y en cuanto á las escenas íntimas, sabe representarlas con tal maestría, que impresionan profundamente al que las contem-

pla. Prueba de esto último es el cuadro que en la primera página publicamos: en todo él flota la tristeza que el artista se propuso imprimirle, constituyendo un estudio psíquico, un trabajo de observación bajo todos conceptos notabilísimo, y una obra pictórica merecedora de los mayores elogios.



TERESA CARREÑO, eminente pianista que últimamente ha dado dos conciertos en el Teatro de Novedades de esta ciudad

Abril, cuadro de Fausto Zonaro.—Ocasiones tan repetidas se nos han ofrecido de ensalzar en este mismo lugar las obras del excelente pintor Fausto Zonaro, que casi juzgamos ocioso encarecer otra vez sus méritos y la belleza de la nueva obra de que hoy damos una copia. Zonaro ha alcanzado la categoría de maestro en su arte: sus lienzos llevan el sello especial, elegante y delicado que los distingue cuando expresan un sentimiento, ó vigoroso y robusto cuando representan la acción dramática. Sea cual fuere el género á que pertenezcan sus producciones, siempre llevan consigo el sello de su personalidad.

Después de la comida, cuadro de Domingo Fernández y González.—Ya hemos dicho varias veces que el Sr. Fernández y González es uno de los artistas sevillanos que más bellos recuerdos dedica á la ciudad en que nació. A semejanza de las obras de sus compañeros, distingúense los cuadros que produce de carácter andaluz por la exactitud en la reproducción de tipos y escenas, saturados unos y otros por ese algo especialísimo, distintivo de aquel privilegiado país, en donde el cielo y la tierra sonríen, puesto que como sonrisas deben considerarse la brillantez de la luz y las espléndidas galas de la naturaleza. El cuadro que reproducimos es una de las bellas producciones que el distinguido artista pintó en extranjero suelo, y forma parte de la colección de recuerdos que nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores en las páginas de esta Revista.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS.—Para el monumento á Zola hay reunidos ya 100.000 francos, cantidad que se espera aumentará hasta 150.000. El comité ejecutivo ha pensado en confiar la ejecución del monumento al eminente escultor belga Constantino Meunier, pero es de temer que el anciano artista no pueda aceptar el encargo, á causa no sólo de su edad, sino de lo mucho que le ocupa el monumento del Trabajo que está haciendo por encargo del gobierno de Bélgica.

BARCELONA.—*Salón París.*—En este salón ha expuesto recientemente el joven pintor Sr. Ros y Güell una colección de paisajes bajo todos conceptos notabilísimos; tomados todos ellos de la comarca ampurdanesa, cautivan por el sentimiento de que están impregnados, por la verdad y el vigor con que el artista ha sabido reproducirlos y sobre todo por su colorido franco, luminoso y exento de efectismos y de vaguedades. Esta es la primera vez que el Sr. Ros y Güell expone en nuestra capital, y bien puede afirmarse que quien tan brillantemente se da á conocer á nuestro público está llamado á un gran porvenir en su carrera artística.

LEIPZIG.—El Museo de Industrias Artísticas de Leipzig ha inaugurado una exposición de «La planta como elemento decorativo.» El entusiasmo con que la idea fué acogida por los

centros artísticos de Alemania ha hecho que el éxito de la exposición haya sido extraordinario.

Teatros.—Quince millonarios yanquis han acordado fundar en Filadelfia un nuevo teatro que se denominará *The Academy of Dramatic Art* y cuya organización será parecida á la de la Comedia Francesa de París. Abierta una suscripción con este objeto, se han recaudado en pocos días 2.000.000 de pesetas.

—En el teatro Real de Berlín y en el de la Corte de Breslau se ha cantado con excelente éxito la ópera *Louise*, del compositor francés Gustavo Charpentier.

—En el teatro de Coblenza se ha representado con gran aplauso el drama de Calderón de la Barca *El Mágico prodigioso*, traducido al alemán por G. Dalmonico.

París.—Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *La famille Gaudissart*, vaudeville en tres actos de Luis Artus; en Renaissance *Craingue-bille*, comedia en un acto y tres cuadros de Anatolio France, y *Clarisse Arbois*, comedia en tres actos de Mauricio Boniface, y en el Ambigu *Le roman de Françoise*, drama en dos partes y siete cuadros de Luis Leloir.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El tío Juan*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de Carlos Fernández Shaw, con música de los maestros Chapí y Morera; y en Romea *Els calaveras*, comedia en tres actos, arreglada de un vaudeville francés por D. A. Ferrer y Codina, y *La reina del cor*, comedia en un acto de Ignacio Iglesias. En el Liceo se ha cantado *L'Africana*, en cuya ejecución rayaron á gran altura la Sra. Giudice, y los Sres. Biel y Blanchart. En Novedades ha dado dos conciertos la eminente pianista Teresa Carreño, cuyo retrato publicamos en esta misma página.

Neurología.

—Han fallecido: Enrique Botini, notable cirujano italiano, ex director del Hospital Mayor de Novara y profesor de la Universidad de Pavía.

Pablo Flickel, paisista alemán, miembro y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín, premiado con la gran medalla de oro en la exposición berlinesa de 1886.

Similde Gerhard, más conocida por el pseudónimo de S. J. Milde, escritora alemana, fundadora de muchas instituciones humanitarias.

Gustavo Radde, naturalista y explorador, director del Museo Caucásico de Tiflis, autor de varias obras de viajes, algunos de ellos de exploración que emprendió por encargo del gobierno ruso.

Gastón París, ilustre filólogo francés, profesor de Lengua y Literatura francesas en el Colegio de Francia, autor de muchas y muy importantes obras sobre historia de la literatura francesa.

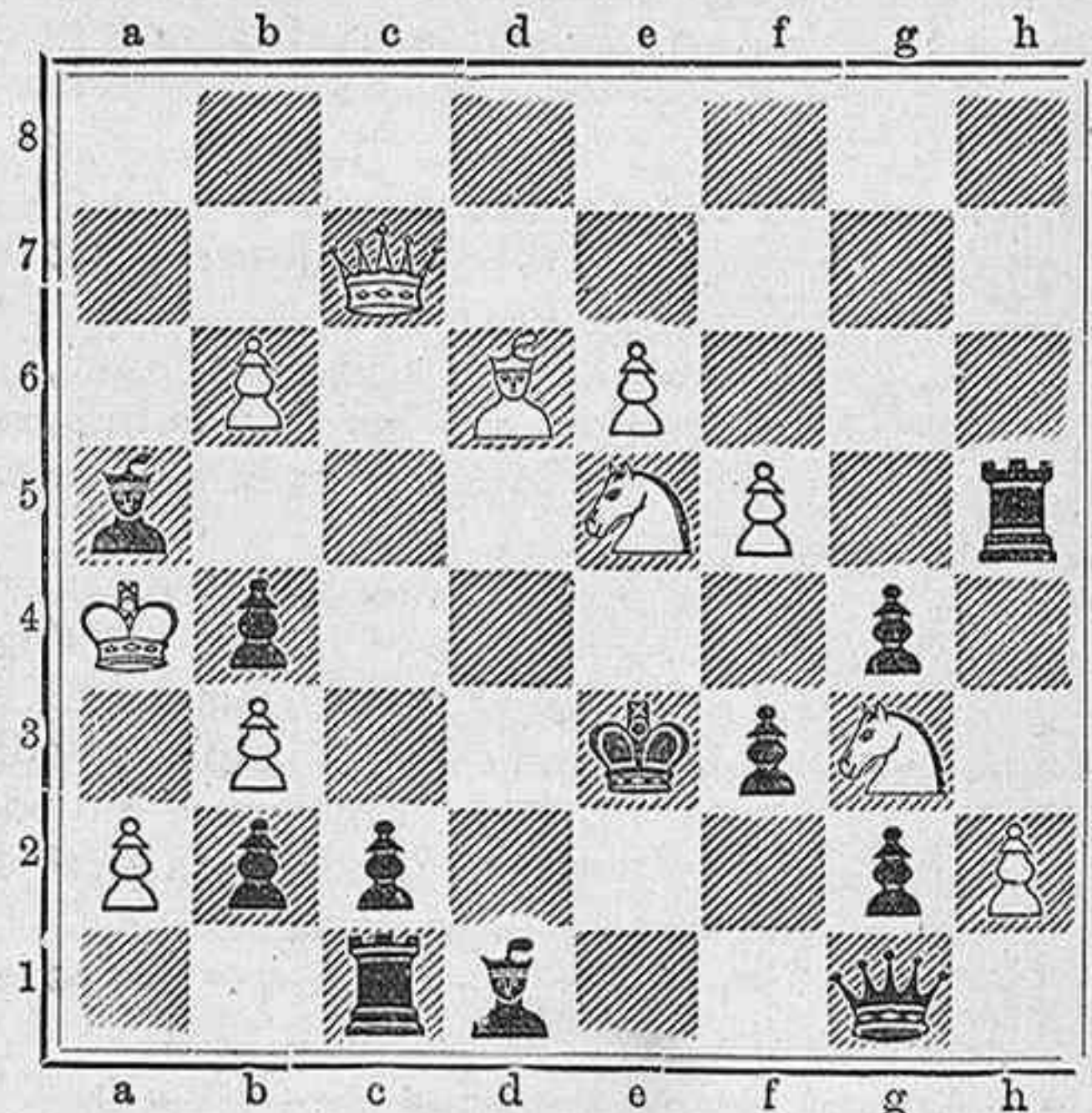
Julio Víctor Carus, notable médico, zoólogo y zootomo alemán, profesor de la facultad de Medicina de Leipzig y autor de importantes libros.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 321, POR K. ERLIN.

7.º premio del Concurso de *La Stratégie*, sección B.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

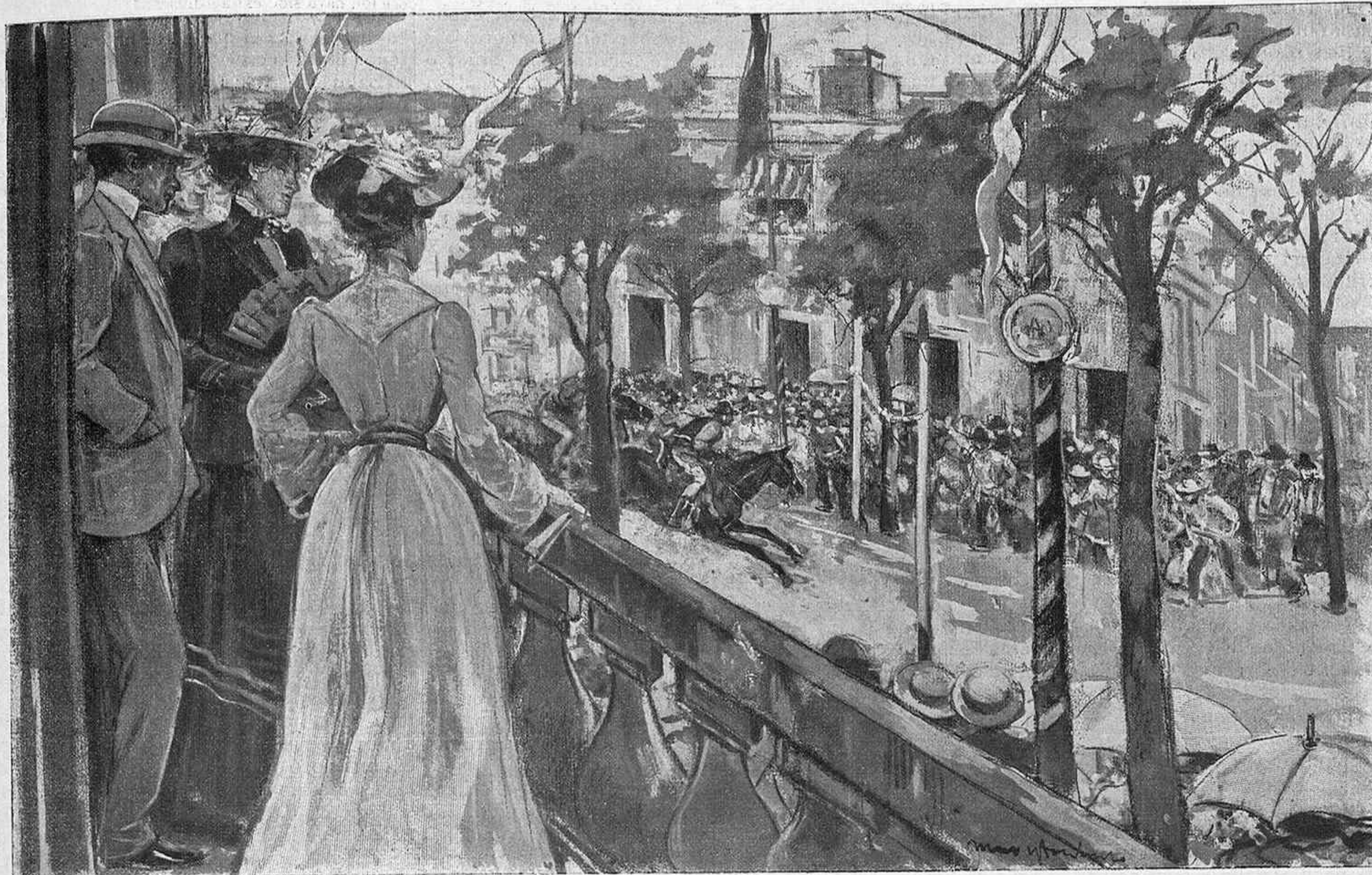
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 320, POR DR. KEIDANZ.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ah7-g8 | 1. Tb1-b5 |
| 2. Dc2-c4 jaque | 2. Rd5xc4 |
| 3. Cf7-e5 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Cc1-d3; 2. Dc2-c4 jaque, etc.
 1..... Cc1-b3; 2. Ca4-b6 jaque, etc.
 1..... Ah6-b8; 2. Cf7-e5 jaque, etc.
 1..... Rd5-e6; 2. Dc2-c7, etc.
 1..... Otra jug.; 2. Dc2-c5 jaq., ó Cf7-e5 jaq., etc.



... aparecieron corriendo á todo correr

PEQUEÑAS MISERIAS

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

La tarde que el D. Zacarías contó estas cosas se estrecharon en su torno los sillones de la tertulia, sobre los respaldos apoyáronse muchos de los desbaldados *picaflores*, y todos le sofocaron con preguntas y exclamaciones; él, que no tenía ya botón que desbrochar, con permiso de la decencia, se echaba aire con una pantalla, y protestando del asedio, amenazaba suspender el relato y dejarse en el tintero muchos puntos más interesantes que acaso explicaran, ó, por lo menos, pusieran á todos en el camino de la inducción para el descubrimiento de tantos misterios. ¿Qué habían de alzar el cerco los tertulianos después de esto? Le apretaron más; pero D. Zacarías, ó porque la respiración le faltaba ó no sabía palabra, se estuvo resoplando y agitando la pantalla sin hablar; gracias que las damas lograron averiguar qué color de vestido gustaba la condenada inglesa.

Como de la tertulia de Pardales la murmuración corría y se desbordaba por todo el pueblo, el Trigal entero parecía preocuparse de lo que pasaba en *La Justa*, y sobre la base efímera de un rumor se edificaban castillos de disparatadas conjeturas. No poco se prestaba á ello la historia circulante acerca del génesis de la boda, en que hasta la figura de D. Fabio mostrábase empequeñecida, aunque nadie supiera de fijo qué intervención le cupo; mas la rapacidad de los Stuart parecía tan evidente, que no quedó ninguno que no les diera su dentellada, y no se levantaba la sesión diaria de la acera sin que alguien cerrase el capítulo de la crítica de esta ó parecida manera:

— De todos, el mayor indecente es el hermano. ¿Saben ustedes que exigió que le habían de dar trescientos mil pesos? Y según aseguran, se los dieron, porque lo que la abuela quería era casar pronto al nieto, para evitar que, exacerbado por la resistencia su estado mental, muy débil, como todos sabemos, se le volviera loco de veras ó hiciese lo que su hermano Jacobo... Total, que en este asunto no hay más que pequeñez, interés ruin y bajeza. Todo esto revuelto levanta los caramillos que tanto molestan á D. Celedonio, el buen amigo de nuestro D. Igna-

cio. Y el día menos pensado, se hunde *La Justa*. ¡Ya lo veremos!

Entretanto, se aproximaba la fiesta de Santa Genoveva, patrona insigne del Trigal, y en el corro de D. Zacarías, en el *Picaflor* y en todo el pueblo olvidaban el tema de marras para ocuparse algo de los preparativos.

Misia Petrona quería que su baile, este año, superase á los anteriores, para humillar á los de *La Justa*, á quienes no pasaría invitación: siempre la señora abuela y Melchora habían venido, asistiendo desde los balcones de la Municipalidad, engalanados con guardamalletas azules y blancas, á la función, vendiendo cedulillas para la rifa que, á favor del hospital, organizaban las damas, y en las que el premio más costoso era obsequio de la familia de Esquendo, y mostrándose con todos muy amables y llanas en demasía. Pues si esperaban esta vez convite, buen chasco las aguardaba: encabezando la conjura femenina misia Petrona, cuyos humos de jueza guapetona y elegante *El Aura* comparaba á la altivez de Cleopatra «en su esquite de oro y marfil,» la lección que el cotarro daría á la familia vecina había de serle provechosa.

Con esto, el elemento mujeril andaba alborotadísimo: para organizar el bazar que se instalaba en una de las salas de Pardales, necesitábase la mar de objetos, baratijas de toda clase que los pocos comercios del pueblo, aun extremando su discutible caridad, no podían facilitar, y la que sabía bordar, bordaba, y pintaba un mamarracho la pintorcilla, y de lo que no valía, por su escaso precio ó su mal estado, se desprendían generosamente unas y otras, colocándose todo con simétrica propiedad sobre la mesa tendida de blanco y festoneada de graciosas caídas de *tarlatán* celeste: pastillas de jabón, relojes de terciopelo, almohadillas de canutillo, frascos de agua de Colonia, licoreras de metal, figuritas de barro, muñecas de madera..., lo invendible y lo inservible en vistosa exposición frente á la ventana abierta, para tentación y gancho del público. La señorita Antonina, Benita y muchas otras de las principales, se pasaron sus quince días confeccionando

chucherías con retazos y sobras de trajes archivados; la médica regaló un jarrito de Bohemia, que tenía el asa pegada; una caja de música con la cuerda rota la mujer de Herreros, el silencioso; un caballito de tres patas la *Picaflora*, ó sea la señora confitera, media docena de cartuchos y una fuente de yemas reventadas; misia Petrona dos *fichús* de encaje barato, que usó dos veranos, y que lavó, engomó y planchó á la perfección, cambiándoles las cintas... *El Independiente* cada mañana publicaba los nombres de los donantes, y el prurito de la vanidad removía los sentimientos caritativos del vecindario, que seguía echando al bazar lo que reclamaba el basurero.

Muy adelantada llevaban todas su piadosa tarea, cuando el mozo Regino, de *La Justa*, se presentó una mañana en casa de Pardales, y dejó á misia Petrona corrida y deslumbrada; porque de un gran cesto que sobre el caballo traía, sacó primero un almohadón de raso y terciopelo, bordado en oro por la señora Melchora; luego una muñeca mecánica que decía *papá y mamá*, ricamente ataviada, de Pastorita; un anillo de piedras finas en su estuchito blanco, de la señora Victoria, y un servicio de té, de porcelana china, de misia Justa. ¡Qué rumbosidad, cuánta riqueza! Asimismo, misia Petrona limitóse á dar las gracias, y no se ablandó enviando el recado de todos los años: que vinieran un ratito á aburrirse y tomar un mate de confianza. ¡Ah, si supieran cómo iban á divertirse todas, rabiarian, de fijo!

Era la casa de Pardales de planta baja, tan amplia, que parecía cuartel, y en ella estuvo instalada la antigua Municipalidad; sobre la plaza tenía cuatro salones, empapelados de blanco y oro, con techo de lienzo, en el cual, lo mismo que en las paredes, las goteras, peste de casas bajas, habían dibujado mapas extravagantes; las cortinas, blancas, de tul; la sillería de rejilla; por alfombra una estera ya gastada y ruedas delante de cada sofá, con el perro, el tigre ó el cazador consabidos; sobre alguna consola, ramos de pluma y el álbum de felpa, panteón fotográfico de toda la parentela; pendiente de clavos dorados y de cordones rojos desvaídos el óleo criminal de misia Petrona y de Pardales, tan calumniados,

que nadie les reconocía; como no había gas en el pueblo aún, gastaba la señora petróleo y bujías, que dentro de un fanal defendía del aire en delgados candeleros de cobre, y en un ángulo, al piano, un cascajo donde tocaba los valsos, polkas y mazurkas de moda el concertista más famoso del Trigo, el negro *Isabelita*, apodo que denunciaba sus femeniles trazas é inclinaciones... Pues, tales eran los *salones* de misia Petrona, ni más ni menos; se necesita la imaginación fogosa de los cronistas de *El Aura del Plata*, y todos sus recursos de retórica desbocada, para ver magnificencias, prodigios de arte y luz deslumbradora en la rústica y sombría desnudez que se ha descrito, sin agravio para la familia.

Así, los preparativos de que hablaba la señora *jueza* se limitaban á quitar los tules de las lámparas, estorbo de las demasías del insecto vil, enemigo de la pulcritud y tentador de la paciencia; multiplicar candeleros, hacer fregar las losas del patio, comprar un par de kilos de dulces, llenar dos garrafones de limonada y enviar recado á *Isabelita*; con esto se llenaba la casa de alegre juventud y se inflamaba el estro de los de *El Aura*.

Mayor fatiga cabía al marido que, en su carácter de presidente de la comisión de festejos, se sofocaba discutiendo, disponiendo, tratando con la canalla funambulesca, los de la pirotecnia y sus colegas alborotadores é impertinentes, para ganarse, á la postre, el gran acceso de disnea y las críticas del vecindario descontentadizo, que medía las varas de tela gastada en banderolas, contaba los farolillos de la plaza, inspeccionaba la merienda municipal, y en todas las sumas del programa metía la nariz, en razón de la poca confianza que las famosas uñas de Pardales inspiraban al público, seguro de que, por lo menos, algunas migajas quedarían entre ellas para pagar su fiesta particular.

Quedaran ó no (*caso concreto* imposible de verificar, como los otros), lo cierto es que sin D. Zacarías no se hacía nada, y gracias á su actividad todo estaba en su punto el día señalado, y la candidez trigaleña podía extasiarse en la admiración de tanto gallardete, del castillo de pólvora levantado frente á la iglesia y del vistoso ropaje de balcones y ventanas: en medio de la plaza el tinglado para los acrobatas; en un costado los aparatos, con trazas de horcas, para la corrida de sortija, y en un ángulo el popular *palo enjabonado*, atractivo mayor de cuantos bobos han sido en los pueblos. Tenía la corrida de sortija este año uno grandísimo también, y era que la comisión, presidida por D. Zacarías, dispuso que el anillo de perlas de la señora Victoria fuese disputado entre los campeones, y lo mismo los gauchos que los señoritos que alardeaban de jinetes, soñaban con el triunfo de ensartar la preciosa joya, aun á riesgo de una descalabrada.

Pues señor: el día 2 hubo vísperas en la iglesia, se iluminó lindamente la plaza y se quemaron cohetes; la banda de música tocó hasta pasadas las doce, con regocijo general y especialmente de los tertulianos de Pardales, que aprovecharon la ocasión para dar unas vueltas de wals en sus salones á media luz, á pesar de las protestas de misia Petrona, que sólo atendía al despacho de su *tómbola*. Y el día 3, muy temprano, ya el Trigo entero estaba en la calle, tocaban las campanas, ardían las bombas, atronaba la murga los aires, se asaltaban las sillas dispuestas en torno al tinglado, y los que tenían papeleta para la Municipalidad, los felices que iban á gozar desde sus balcones, á la sombra y con envidiable comodidad, de la fiesta y de la merienda (*ó lunch*, que decía *El Independiente* para que le entendieran mejor), poco después de las once se estrujaban en la escalera y olvidaban el sermón que en el propio momento predicaba el padre Churrigorria sobre los méritos supranaturales de la Santa, por ganar el mejor hueco, que siempre ha sido la frivolidad resorte que mueve á las multitudes.

En esto, con alegre rumor de colleras, apareció en la plaza el *break* de *La Justa*, y la noticia de que en él venían los recién casados circuló por todas partes y alborotó á todos, hasta á la misma misia Petrona, que fué la primera en salir á la puerta, seguida de las principales damas de la conjura, y recibir á los Esquendo con exageradas demostraciones de agasajo:

— ¡Sean ustedes los bienvenidos! ¡Cuánto me alegro! Afortunadamente me encuentran ustedes vestidos... Pasen ustedes, pasen ustedes, que todavía es temprano. Por supuesto que ya habrán almorzado... ¡Zacarías! ¡Alejo!

Descendieron los que en el *break* venían, y eran, además de los novios, Melchora, la maestra y Pastorita, y se refugiaron en el patio de Pardales muerrecitos de calor y ciegos de polvo, pidiendo sin remilgos un vaso de agua, que la señora *jueza* hizo

sacar del aljibe en seguida y presentó fresca y cristalina como derretida nieve la china desgreñada que en su escasa servidumbre tenía honores de doncella; sobre sí había de servirla con *panal* ó unas gotas de limón hubo enfadosa disputa, y al fin la bebieron sin mezcla, con grandes protestas de misia Petrona que, por extremar la amabilidad, mandó que trajeran una bandeja de *rosquetes*, obsequio que no desdeñó la golosa de Pastorita, engulléndose uno y guardando otro en el bolsillo, que puso perdido de azúcar. A todo esto, ni D. Zacarías ni Alejo parecían, como que no estaban en casa, y misia Petrona descuidaba su *tómbola* para agasajar á las visitas; en rueda, entre los tiestos de rosales y jazmines, á la fresca sombra del toldo, charlaba y charlaba con afectación de finuras y rebuscamiento de frases insoportables. Ya lo decía ella: que no podían dejar de venir. ¡El día de Santa Genoveva! Los trigaleños no se lo habrían perdonado. ¿Por qué no vinieron misia Justa y D. Fabio? ¿La señora Victoria se hallaba mucho en el pueblo?

Ella y las otras, Antonina y Benita, que llevaban más lazos, bullones, prendidos y zarandajas encima que para un carnaval, se pasaban de la sencillez con que Victoria vestía, y sobre todo del sombrerillo que traía, un sombrero chato de paja adornado con dos candidas alas de paloma, que daba á su cabecita rubia gracioso aire varonil. ¡Qué linda era, y qué modo de hablar el suyo! ¡Parecía mentira, señor, parecía mentira; una chica tan encantadora! ¡Lo que hace el dinero! Y junto al mastuerzo del marido, la desproporción, la escandalosa diferencia resaltaba más, sobre todo cada vez que, con angélica suavidad, volvía ella á decirle algo y él gruñía *ju, ju*, como cerdote amable.

Por reservadas razones, ni Melchora ni Clotilde chistaban; Melchora dale que le das al abanico, sin disimular el guerrero empaque y la sorda irritación, y Clotilde atenta sólo al portal esperando que entrara el dios de su fantasía, el héroe romántico de sus poemas... Y ni el ingrato llegaba, ni dejaba de abanicarse Melchora, ni de charlar la *jueza*, ni de observar envidiosas las otras, ni de sonreír Victoria, máscara que no ocultaba su infelicidad patente, ni de hacer *ju, ju* Josecito, espatarrado muy á gusto en el sillón junto al aljibe, en incorrecta postura.

— ¿No quieren ustedes ver el bazar?, dijo misia Petrona. Vengan ustedes... De todos modos, hasta las dos no empiezan las *pruebas*. Tenemos tiempo. Luego iremos á la Municipalidad, que no nos faltará hueco en el balcón. Y comerán ustedes aquí, ¿verdad?, para asistir al baile un ratito siquiera: el camino de *La Justa* es seguro y hace luna...

Miró Victoria á Melchora, delegada en regla de la autoridad de la abuela, y Melchora, con sequedad impertinente, determinó que sí, que se quedarían al baile, aunque los trajes no fueran á propósito. Las damas trigaleñas protestaron. ¡Jesús! ¡Cuando estaban tan *paquetas*! ¡Con quitarse los sombreros!..

Aunque no tenían humor de abandonar el delicioso patio, fueron á ver el bazar, y se admiraron, ó hicieron que se admiraban, ante el montón de baratijas, que no pocos pazguatos, amontonados en la ventana, disputaban á la suerte. Llena estaba la plaza de alegre muchedumbre, que, como desbordado arroyo en todas direcciones se esparcía, atropellaba, saltaba, retrocedía, y murmurando ante cada obstáculo se arremolinaba, entre el polvo, bajo el sol de plomo, á los sonos de la murga escandalosa y del furioso repicar de las campanas, ebrias de tanta voltereta, y el tronar de cien morteros... Ondulaban las banderolas al tope de los mástiles, y el contagio del regocijo popular invadía el ánimo.

— Mire usted, mire usted, decía radiante misia Petrona. ¿Qué tal le parece á usted nuestra fiesta?

De pie, delante de la ventana que un lienzo blanco cubría hasta la mitad con este negro letrero: *A beneficio del hospital...*, la elegantísima figura de Victoria ofrecíase á la curiosidad trigaleña, como en un escaparate la obra de arte más hermosa. Ella miraba el tumulto, sin apreciar detalle, sin notar el interés descarado, compasivo y á veces malévolos con que de dentro y de fuera era asaeteada; miraba, sin ver, el alma ausente, un poco pálida, cargada de acibar la boca por causa del reciente disgusto, del horrible disgusto...

Poco menos que á la fuerza la habían obligado á venir; ni pretextos ni quejas la valieron; hasta el mismo D. Fabio, que solía prestarla el escudo de su simpatía, hubo de rendirse ante el imperioso mandato de la tirana. «¡Lo mando yo!» Y todo el mundo boca abajo. Hicieronla vestir de prisa y corriendo, tomar el almuerzo abrasándose, subir al carruaje en volandas; olvidó la sombrilla, el pañuelo, un broche; quiso volver á su habitación, y la abuela y la cuñada se lo impidieron con malos modos, con

ofensivas reticencias, echando por ojos y boca la lumbre del odio. «Sí, sí, pretextitos...» «Nada, no es mal broche el que se te habrá olvidado...» «Métenos el dedo en la boca...»

La más fea palabra la dijo Melchora, que disponía de un vocabulario exquisito, y hostigada de esta manera subió al carruaje. Por cierto que en el camino ni con Clotilde cruzó palabra, reteniendo las desaforadas ganas de llorar... ¡Ay!, la guerra de familia llegaba ya á un punto insostenible: sospechas injustas, vigilancia humillante, acechos, delaciones, insultos, todo se removía en contra de ella, sin razón; ¿no era poco haber entregado su voluntad en manos de la *Nerona*, abdicado completamente, y hallarse sometida y esclava al extremo de que lo más insignificante la fuera prohibido? Seguida siempre de Pastorita, el pequeño y perverso espía, de comunicar con el aire mismo había de guardarse; la vez que volvió doña Mónica, no se apartó Melchora de su lado... A la segunda visita de Ladislao, hubo de confesarle que, *aunque hacía todo lo posible*, no podía, no podía; enfadándose tanto Ladislao, que creyó lo mejor callarlo todo y dominar como pudiera sus accesos de rebelión y desfallecimiento. Y así enflaquecía y desfiguraba, vencida en el diario combatir de aquella guerra casera...

El alegre gentío aumentaba en la plaza, y Victoria no veía nada, con la ingrata preocupación que la absorbía enteramente. Sintió que la maestra la tocaba el codo, y apenas despertó de su abstracción; otro codazo de Clotilde, y la señal de su abanico que apuntaba á alguien que en derechura de la ventana venía hendiendo las masas, la distrajo y obligó á mirar; y vió entonces que el que se aproximaba era un mozo vestido con elegante traje de equitación, bastante afectado en la apostura y en la caída truhanesca del chambergo gris sobre los ojos; no traía pluma blanca, ni espuelas de oro, y sin embargo, era el héroe, el dios vislumbrado en la torrecilla de Clotilde, ante la evocación de sus versos amorosos, porque misia Petrona, traduciendo el ademán de la maestra, exclamó á sus espaldas orgullosamente:

— ¡Ahí está Alejo!

Era Alejo, el joven del chambergo gris, de las botas rubias de caña y del latiguillo, ¿aquél, aquél era?; en verdad, nada de particular le hallaba Victoria, y cuando al pie de la ventana se descubrió ante las damas y mostró la cabeza reluciente de pomada, partido al medio el cabello por correcta raya de peluquero, Victoria hizo una mueca de decepción y se volvió hacia Clotilde.

Pero tropezó con Melchora, cuyos ojillos, enterrados en las cuencas bajo la grasa que redondeaba su cara como una pelota, despedían llamaradas, y su abaniqueo furioso la advirtió elocuentemente:

— ¡Cuidado, que no te pierdo de vista!..

V

Cuando llegó D. Zacarías, sudando como un botijo, ya las damas, capitaneadas por Alejo y escoltadas por Josecito, que galantemente las cedía la tarea de abrir paso, disponíanse á cruzar aquel borrascoso mar humano, empresa tan difícil como la de un barquichuelo que en el Océano se aventurase; así, Melchora, cual arrepollada gallina clueca, revolvióse para defenderse entre las apreturas; magullaronle un pie á la señorita de Paces; á riesgo de perderse estuvo Pastorita bajo el oleaje de cabezas, y tan grandes achuchones sufrieron todos (particularmente misia Petrona, que vió desgarrado el nuevo *fichú* de su invención), que D. Zacarías llamó á dos oscuros *militos* en su auxilio, los cuales, con empujones corteses y amables palabrotas, según regla y costumbre policíacas, despejaron el camino y les condujeron hasta el portal de la Municipalidad, sin quebrantos mayores, pero tan molidos y descompuestos que más no podía ser.

Estaba el portal adornado con plantas muy hermosas, y una tira de moqueta roja por el centro de la escalera ofrecía blando tapiz; sobre ella se precipitaron todos, y no fué empresa menos ardua la de entrar en el salón, lo bastante para que se deseara de nuevo el eficaz auxilio policial. Entraron, no se sabe cómo, pero entraron, al cabo, y siendo lo arbitrario indispensable recurso de toda autoridad que se estima, hizo el gran Pardales, con no mejores razones que los oscuros polizontes, que d-aran hueco en el balcón las damas que por derecho de conquista le ocupaban, instalándose á sus anchas, con perjuicio de las vecinas madrugadoras, las recién venidas, entre murmullos de desagrado... La señora *jueza*, como reina que ocupa un trono, saludó con sonrisitas de benevolencia á todos lados, y al cura D. Ignacio, que en la próxima ventana de la iglesia

erguía su marcial figura tras la cortina de enredaderas y los tientos de claveles y alhelíes, envió cabezas amistosas, que decían:

— ¡Qué bien estamos, padre! De algo ha de servirle a uno la autoridad.

Por acaso, ó de propósito, vino á quedar Alejo entre Victoria y Clotilde, más ocupado de Victoria que de Clotilde, con alardes de fatuidad impertinente que á los *picaflors* de abajo enrabiarían de celos. El sol no las molestaba, y desde la privilegiada altura era tan bonito el espectáculo, que la misma Victoria se distrajo plácidamente; como se vuelven los girasoles al astro que los deslumbra, todas las caras volvíanse hacia ella, y orgulloso de compartir la atención general, no daba paz Alejo á sus bigotes ni á la lengua, mientras la desdeñada maestra se impacientaba, fulguraban los ojillos vigilantes de Melchora, y el bobo de José y la niña Pastorita abrían la boca extasiados; él se esponjaba, afectando aire de misterio para decir á su vecina de la derecha cosas tan importantes como estas:

— ¡Hace un calor horrible, horrible; aquí en verano hace siempre calor. Pues ¿y en invierno?, se pasan unos fríos...

— Diga usted, preguntó Victoria, ¿qué palos son esos pintados de verde?

— Esos, ¿esos de enfrente?; son para la corrida de sortija. ¿No ve usted en este de acá una cosa que brilla y unos lazos blancos y celestes que cuelgan?, es el anillo de usted, que nos vamos á disputar todos los jinetes del pueblo.

— ¿Ahora?

— En cuanto acaben las *pruebas*. Por eso me ve usted con este traje... Está hecho en Buenos Aires por un sastre inglés. ¡Oh! Yo soy muy inglés... y me precio de montar muy bien á caballo. ¡Lo que es su sortija de usted, me la gano yo!

— Pues tendré mucho gusto, contestó Victoria, apartándose algo del necio para dar á Clotilde pretexto de ajustar cuentas.

Mas él se inclinó de nuevo, preguntando en voz baja:

— ¿Ha asistido usted alguna vez, señora, á una corrida de sortija?

— ¿Yo?, nunca... Mire usted, Clotilde, ¡qué gracioso!; mira, Pastorita, ahí tienes al payaso...

— Es un *sport* muy entretenido. Se necesita mucha agilidad, buena vista, buen pulso... A mí me parece que nadie me aventaja, y si no pronto lo va usted á juzgar. Porque yo...

— ¿Ves el payaso, Pastora?, insistió Victoria.

— Sí, dijo la chica, y también la que salta en la cuerda.

No hubo más remedio que concentrar toda la atención en la plaza. Encima del tinglado habían puesto dos equis unidas por un delgado alambre, que recorría de un extremo al otro una niña de poco más de doce años, con mallas de algodón color de rosa, señalando sus formas mezquinas, y tonelete de seda verde: empuñaba una banderita argentina en cada mano, y sobre el alambre se acostaba, se sentaba y hacía mil piruetas inverosímiles, que el público aplaudía á rabiarse y comentaba con visajes y sandeces el payaso que secundaba sus juegos, y en los intervalos de descanso con ejercicios gimnásticos muy celebrados, á los sonos de la música infatigable.

Después de la niña del alambre apareció un mozállón muy recio, que hizo danzar un globo azul en la punta de los pies, y dió al que figuraba al mundo tales golpes, como en mala hora pesimistas y desesperados quisieran aplicarle; luego, otro que echaba cintas por la boca, y uno, cubierto todo de lentejuelas, relumbrando muy lindamente, que se tragaba carbones encendidos, mascaba lingotes de hierro y bebía tinta, petróleo y más porquerías, ó lo fingía de tan pasmosa manera, que era la admiración de cuantos le veían.

— Pero ¿es de veras que se come todo eso?, preguntaba Pastorita.

— ¿Es de veras?, preguntaba, espantado, Josecito, dejando correr hilos de baba.

Y como no oía la respuesta, repetía sus *¡ju, ju!* de asombro, palmoteando infantilmente á cada nueva payasada.

— Lo bueno será la pantomima, dijo Pardales, que en la segunda fila se esforzaba por meter la cabeza; parece que es graciosísima. Se titula. *El poderoso caballero ó la subasta de un corazón*.

— Maldita la gracia que tiene el título, indicó la maestra, á quien el desvío de Alejo ponía nerviosa; pura vulgaridad.

Misia Petrona y Melchora, ambas á la vez, opinaron que lo vulgar no excluye lo gracioso, y que el titulillo aquel prometía, por lo menos, gran fondo de verdad, de moral y de sátira, todo lo cual era

demasiado para una humilde pantomima al aire libre; subrayando Melchora su juicio con abanicazos sobre la palma de la mano, tosecita y zarandeos de la cabeza, dedicados claramente á la cuñada:

— ¿Entiendes? Es tu corazón el que van á sacar á la vergüenza, á ponerlo en la picota. Si lo hicieran adrede, no lo hacen mejor. A ver si tu pachorra inglesa te deja salir los colores á la cara.

— Ese *poderoso caballero*, dijo el joven Pardales, insistiendo en el *sotto voce* y con el aire de quien ha descubierto un mundo, será algún viejo rico... Lo de siempre: que vence el rico y se lleva á la muchacha. Mi gran experiencia...

— ¡Ay! Miren ustedes, miren ustedes.

Pastorita anunciaba el nuevo número del programa: el trapecio volante y las barras fijas; todo en contorno del tinglado habían tendido una red, y lo curioso del espectáculo agitaba á la multitud, cuyo clamor subía mezclado al estampido de los cohetes y al golpear de bombos y platillos. Salieron tres muchachos, rubitos los tres y no muy granados todavía, y ya en el trapecio, ya en las barras, ejecutaron sorprendentes ejercicios, volteando rápidamente, haciendo de pelota por los aires, enganchándose el mayor de un solo pie mientras sostenía al mediano con las manos y al pequeño con los dientes... y otros arriesgadísimos juegos que ponían el alma en un hilo. Pero los aplausos, las risas y el triunfo inmenso fueron para el perro sabio, que se presentó luego vestido de juez á la moda francesa, con blanca peluca rizada, toga roja y enorme corbata como los *fichús* de misia Petrona: el cual sentábase delante de una mesa, que ostentaba tintero y campanilla, y hacía que juzgaba á cuatro falderillos, acusados de haber robado cierto pernil, y después de ladridos elocuentes, les corría á mordiscos, y sobre la misma mesa, altar sagrado de Themis, devoraba tranquilamente el pernil en litigio... Ciertamente, no había en esta farsa alusión alguna al dignísimo D. Zacarías; pero todos los ojos, en el balcón de la Municipalidad, buscaban intencionadamente la conocida estampa del que era gloria y orgullo del Tragal; mas él no se mostraba, dedicado en aquel momento á refrigerar su abrasada garganta con vasitos de limón helado en el *buffet*.

Adonde no tardaron todos en seguirle y en imitarle, menos Pastorita y su tío, que no querían despegarse del balcón; misia Petrona, con la señora de Herreros, la intendenta, hizo los honores á su modo, es decir, ofreciendo todo á probar, las frutas, los dulces, los vinos y los refrescos (que como procedían del *Picaflor*, por sabido se calla era de lo más malo que han preparado las manos pecadoras de un confitero...) y mareando á fuerza de insistencia empalagosa, en lo que la intendenta, á la verdad, no le iba en zaga, y así las dos en vez de atraer despedían con las exageraciones de su amabilidad. Por supuesto, que lo que llamaban *buffet*, á la francesa, para mayor rimbombo, era una mesa sola en un extremo del saletón principal, sin otro adorno que los platos de golosina, que nadie tocaba por no dejarse en ellos los dientes; pero bastaba la vista de una garrafa de aquellas, llena de la turbia mezcla en que se sumergían amarillas ruedecitas de limón, y escarchada de frío, para alegrar los corazones.

Huyendo de los poéticos reproches de Clotilde, el joven Alejo, á fuer de caballero superfino, de *porteño* versado en las reglas de la galantería, sirvió á Victoria un refresco y la entretuvo con la relación de unas carreras en el Hipódromo, en que no hubo más héroe que él, ni mayor triunfo que el suyo, ni más soberbio caballo que su caballo; mezclando para expresarlo terminachos tales como *record*, *forfait* y otros extranjeros, aburriéndola de modo que no sabía ella cómo excusar y ocultar la poca atención que le prestaba; mas él, ya de un lado, ya del otro, la seguía para reanudar el cuento:

— Y apenas dieron la tercer palmada, ¡zas!..

Algunas señoras, con manifiesta cortedad de lugares, se hacían presentar á las de Esquendo, y se armaban caramillos sobre el calor, el horrible calor... Volvieron al balcón, porque Pastorita anunció que empezaba la pantomima, y mal que mal, colocáronse como antes, á tiempo que en el tinglado aparecía el *poderoso caballero*.

El cual era un viejo con unas barbas hasta la cintura, vestido como los nigromantes, de sotana negra con estrellas doradas y bonete apuntado de cucurucho; querían casarse tres mancebos de blancas túnicas, que le acompañaban, á cuyo efecto traía el viejo en la mano una bolsa y cada mancebo sobre el pecho un letrero que decía: el del uno *Talento*, el del otro *Valor* y el del último *Nobleza*, con lo que se daba á entender las cualidades que á cada pretendiente adornaban, y el capital que aportaba á la boda, bastando el detalle de la bolsa en el viejo

para expresar que representaba la *Riqueza*. Todos cuatro, pues, llegaban á casa de un personaje que tenía tres hijas, las que, muy ostentosamente ataviadas, lucían también sobre el pecho, no un cartel, sino un corazón bordado en rojo, el de la mayor mordido por verdes culebras; el de la segunda por negras arañas y limpio y puro el de la tercera, clarísima significación de que las dos mayores esclavas eran de malas pasiones y la pequeña dechado de bondad y de inocencia.

Luego de mudos parlamentos con el personaje aquel, papá ó tutor ó tío carnal de las tres niñas, que esto ningún rótulo explicaba, poníanse en fila los candidatos, el viejo el último, y delante habían ellas de pasar, poniendo la mano en el hombro de aquel que aceptaran. Pasó la mayor ante el *Talento*, y nada; ante el *Valor*, y nada; ante la *Nobleza*, y nada... yendo á posar su mano sobre el hombro de la *Riqueza*; pasó la segunda é hizo lo mismo, y lo mismo la tercera, la del corazón puro y limpio. Huían entonces los desdeñados mancebos y las tres doncellas se disputaban á golpes al viejo, viniendo la menor, la del corazón immaculado, que, en el punto de su triunfo aparecía con las verdes culebras y las arañas negras de las hermanas, además de otros bichos más feos y repugnantes...

¡Qué bobo y qué estúpido pareció todo esto á la señorita de Pacés! ¡Jesús!, ¡qué vulgar, qué grosero! Bueno para el público soez que lo aplaudía, sin darse cuenta del infame baldón que para la mujer importaba. ¿No había amor, entonces, desinteresado y leal? ¿No había mujeres que amasen? ¡El oro, el oro! ¿Qué es el oro para la mujer que ama? Y las había, ¡vaya si las había! Fijaba sus ojos aterciopelados en el distraído Alejo, excitadísima por la romántica indignación. Pero Melchora aplaudía. Muy bien, muy bien; sí, señor. Aquello era la verdad pura. ¡Que filosofía más profunda encerraba la pitecilla!

— Á mi juicio, dijo misia Petrona descontenta, mucho exagera; además de injusta, peca de falta de galantería.

Y D. Zacarías soltó la perogrullada:

— Naturalmente: las hay buenas y las hay malas...

Entre el rumor de las críticas, las risas y el vaivén de la gente, abajo, que asaltaba tumultuosamente posiciones para la corrida, Victoria callaba, en la actitud de inmovilidad é impavidez estudiada que en los choques caseros adoptaba prudentemente, y le servía de mejor defensa que ninguna otra, porque el silencio es también un arma, y manejada con habilidad, más poderosa en ocasiones que la elocuencia. Callaba, pues, Victoria, y sólo en el ligero sonrosado que, bajo el velo, encendía sus mejillas, demostraba su contrariedad, la mortificación de las alusiones asaz transparentes contra la mujer vendida, si no á un viejo, á un memo. Josecito, que nada había comprendido de la pantomima, preguntaba:

— Pero ¿por qué se van todas con el viejo? ¿Y por qué se fueron los otros? ¿Y por qué?..

— Mira, explícaselo tú, indicó cruelmente Melchora á la cuñada.

Alejo se despedía de las damas, muy arrogante, como gallo que sale al circo, alta la cresta y apercebidos los espolones, seguro de vencer á todos sus rivales. De abajo las saludó con el chambergo, y Clotilde agitó su pañuelo, como en la torre, oprimido el corazón por la ansiedad de su triunfo, y misia Petrona, inflamada por el orgullo maternal, se echaba sobre la barandilla para verle á gusto:

— Ahora viene lo bueno. Se los va á llevar á todos en el pico. Esperen ustedes... Como que monta como un *minotauro*.

Parecióle á D. Zacarías que su mujer había dicho un desatino, pero no se atrevió á enmendarlo, de miedo de meter la pata. La que se rió fué Clotilde, discretamente, y soltara la carcajada si Victoria la secundase; pero Victoria no escuchaba, perdido el pensamiento entre la muchedumbre. Un pelotón de milicianos despejaba la calle, y á la manera de las aguas que van cerrándose tras de la barca que hien de la corriente, así que el piquete pasaba, cubríase de pilluelos nuevamente la carrera, y unos se encaramaban á los árboles, otros sobre los faroles, atropellándose con grande algazara y daño de los miroes pacíficos que en los bancos del paseo contentábase con estar de pie; tres veces recorrió el piquete la carrera para el despejo, sin conseguirlo del todo, á pesar de tal cual mandoble, y no lo conseguiría nunca, que á tanto llega el desprecio al principio de autoridad, si el galopar de los caballos, anunciando el peligro, no dejara el espacio más raso que una tabla: entonces el vocerío fué inmenso...

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Camiones automóviles para el transporte de mercancías. - Aparatos de salvamento. Pruebas á bordo del *Bellber*. Boya de Wiese y Gröschner con alumbrado automático de gas acetileno. Balsa sostenida por flotadores de acetileno. - La electrocución de las moscas. - Bocado-freno de seguridad. - Celulotipia.

Los progresos del automovilismo van entrando de pleno en los dominios de la industria. El problema

del transporte económico por medio de los automóviles de vapor se puede considerar definitivamente resuelto y á la vez se vislumbra en lontananza otra solución halagüeña, cual es la del automóvil eléctrico con el último acumulador de Edison, formado por electrodos de hierro y níquel y electrolito alcalino; pero mientras la práctica no haya sancionado sus positivos resultados, los industriales no pueden exponerse á peligrosas aventuras.

Basta la primera solución para que la importante industria de transportes esté llamada, en nuestro

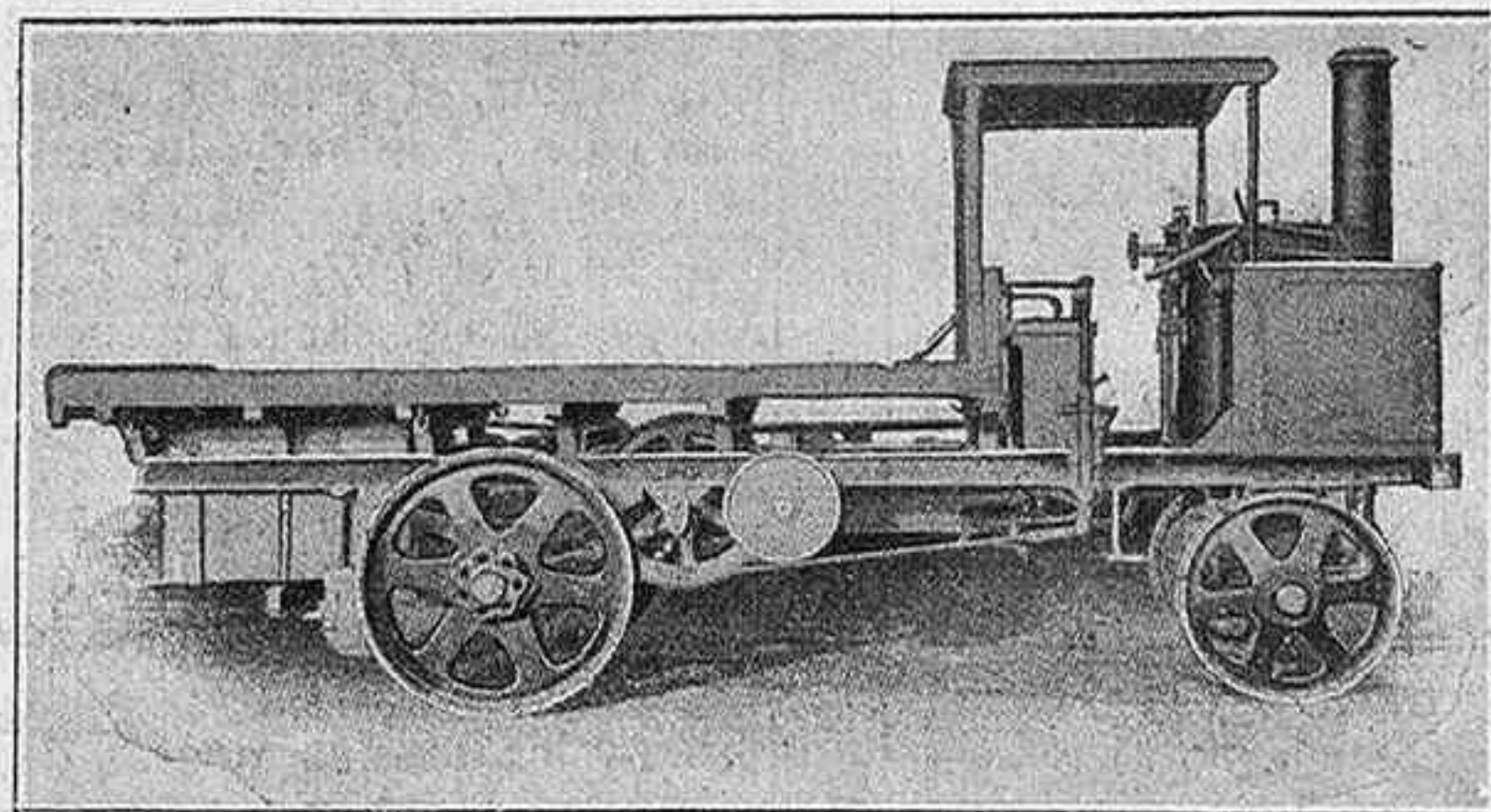


Fig. 1. - Camión automóvil para llevar bultos á domicilio



Fig. 2. - Automóvil para el transporte de mercancías de mucho peso

Si bien es difícil establecer exactamente la economía que puede reportar la substitución, ó mejor dicho, el cambio de sistema, en aquellos casos en que dicho cambio es posible y racional, se puede estimar, por término medio, en un 40 por 100.

Confiamos ver á no tardar las calles de nuestros principales centros industriales cruzadas por camiones automóviles que, marcando una nueva era de progreso, no sólo se dediquen al transporte de mercancías, sino que aun lleguen á substituir á los antihigiénicos *carros de la basura*.

superficie con el brillo deslumbrador de su potente llama, que tan sólo se extinguía el tiempo preciso que duraba la inmersión.

El bizarro capitán del *Bellber* y demás marinos, que con otros muchos invitados presenciaron la curiosa prueba, quedaron agradablemente sorprendidos por las admirables condiciones de la *antorcha marina de acetileno* como aparato de salvamento en noches de tormenta.

Otra nueva boya de salvamento, alumbrada automáticamente por el gas acetileno, es la representada por la figura 3. Este aparato, de fabricación alemana, inventado por M. M. Wiese y Gröschner, pesa 20 kilogramos, y en cuanto se le echa al mar, se inflama el acetileno (producido al ponerse el agua en contacto con el carburo del aparato)

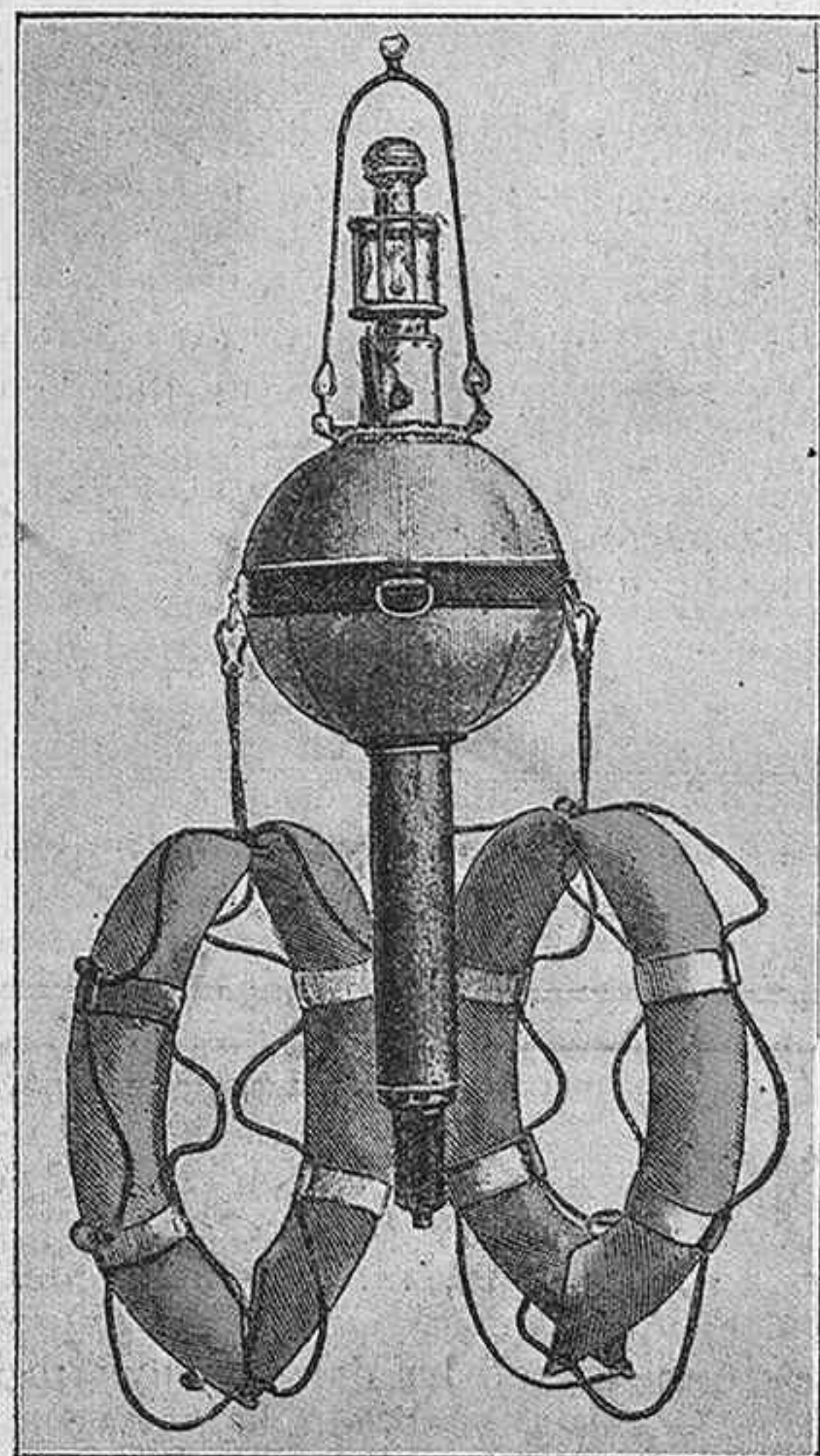


Fig. 3. - Boya de Wiese y Gröschner con alumbrado automático por acetileno

No siempre los experimentos que revelan adelantos para la industria son de carácter humanitario, ni los ingenieros que los ponen en práctica han de ser extranjeros. Hace breves días, á bordo del *Bellber*, se ha verificado, en nuestro puerto, una curiosa, interesante y útil experiencia con las *antorchas marinas de salvamento*, de las que dimos detalles tiempo atrás á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Dirigió las pruebas el ilustrado ingeniero don José Viñes Roda, honra del cuerpo de Ingenieros industriales españoles, cuyos méritos ha sabido consolidar en el extranjero como ingeniero de la «Compagnie Française de l'Acetyléne Dissons,» de París.

Las antorchas arrojadas al mar se inflamaron automáticamente é instantáneamente, produciendo cada una de ellas un brillantísimo foco luminoso de 300 bujías, á pesar de tratarse del tipo más reducido, pues existen modelos de mayor tamaño que pueden llegar á producir 3 000 bujías.

La casualidad quiso que se verificaran las pruebas en noche de gran calma, y por este motivo fué preciso sumergir á viva fuerza y repetidas veces las antor-

por medio de un encendedor automático, que si bien sus inventores denominan encendedor eléctrico, tenemos poderosas razones para creer que se basa en el mismo principio de las antorchas marinas de acetileno, cuyo fosforo de calcio, atacado por el agua, produce el gas hidrógeno fosforado, espontáneamente inflamable al contacto del aire.

El carburo de calcio está colocado en diversos compartimientos, aislados unos de otros, pero todos ellos en comunicación con el mechero: estas cámaras están colocadas á distintos niveles para que en todas circunstancias haya producción de gas.

El aparato lleva dos ó más cinturones salvavidas para los naufragos.

Una linterna de cristal protege la llama de acetileno contra el viento y las olas. Poniendo agua en un depósito acondicionado, puede esta boya servir, en el buque, como un farol ordinario.

Una nueva y útil aplicación del popular acetileno se debe al ingenioso inventor de aparatos de salvamento M. Matignon. No se trata de un aparato de alumbrado, sino de boyas-balsas que, ocupando á bordo un espacio reducido, se montan en breves instantes y automáticamente se hinchan y flotan al echarlas al mar.

Cada boya lleva un pequeño recipiente metálico con el carburo preciso para la producción del acetileno necesario para llenar á regular presión su flexible depósito (partiendo siempre de la base de que un kilogramo de carburo de buena calidad no puede producir más que unos 300 litros de acetileno).

Basta abrir una llave, en el momento de echar al agua el aparato, para que el líquido penetre en el recinto del carburo, y la producción de gas y el consiguiente henchimiento de la boya sean instantáneos.

Entre los diversos aparatos de salvamento del mismo inventor, merece citarse el representado por la figura 4, consistente en dos sacos de tela cauchotada de forma cilíndrica y de 2'25 metros de largo cada uno. Reuniéndolos de dos en dos, por medio de ligeras armaduras y planchas metálicas, se forman en breves momentos balsas flotantes capaces de sostener 10 hombres. El generador del gas de cada una de las boyas puede contener ocho kilogramos de carburo.

Para el empleo de estos aparatos es muy conveniente el uso de carburo protegido (*erobe*, como dice M. Laroche) por medio de un baño de aceite graso, de un aceite secante ó simplemente de petróleo en frío, cuyas sustancias, al aislarlo de la humedad del aire, evitan su descomposición.

La rapidez con que pueden instalarse estos aparatos, el poco volumen que ocupan cuando están desmontados y su fácil transporte los harán indispensables al ramo de Guerra por los grandes servicios que le pueden prestar, facilitando á las tropas en campaña el vadeado de los ríos y lagunas.

**

Se acerca la época en que las molestas moscas no nos dejan en paz un solo instante. De los diversos sistemas puestos en práctica, con buenos resultados, para diezmar al pululento insecto, uno de los mejores, y tal vez de todos el más limpio, es el que las extermina por electrocución.

Se trata de un invento inglés, consistente en una



Fig. 4. - Balsa sostenida por flotadores de acetileno

chas encendidas en el seno de las aguas para poder apreciar el efecto que sobre las mismas producirán las olas en tiempo de borrasca. Tan pronto como cesaba la acción del madero que retenía á las antorchas sumergidas, reaparecían éstas flotando en la



Fig. 5. - La celulotipia. Reproducción de un dibujo en una placa celulotípica

país, á sufrir una radical transformación en fecha no lejana, como ha ocurrido poco ha en los Estados Unidos, en Francia y en Inglaterra.

Los camiones modelos últimamente expuestos en los distintos *Salons de l'Automobile*, de París, denotan un paso gigantesco en el camino del progreso.

La figura número 1 representa un camión de vapor construído por la *Strater Steam Vehicle C.º Ld.*, análogo á los que construye la casa francesa *Serpellet*. Es el modelo que emplea para repartir bultos á domicilio la importante compañía inglesa de transportes *Midland Railway C.º*

El tipo número 2 es vehículo de gran potencia y puede dar un rendimiento regular de 378 toneladas diarias. Los modelos de 5 y 7 toneladas desarrollan una fuerza de 40 y 60 caballos: van provistos de calderas tubulares que producen 8 kilogramos de vapor por kilogramo de coque.

Hay además vehículos destinados al transporte de líquidos y al de rieles, jácenas y grandes piezas de acero.

En Inglaterra, la experiencia ha demostrado que en el transporte de mercancías de mucho peso la tracción automóvil ofrece una gran economía sobre la tracción animal.

especie de reja metálica vertical, que descansa sobre una plancha de madera, que le sirve de base.

La reja está formada por finas varillas metálicas, en forma de espesa celosía, por cuyas mallas no pueden pasar las moscas. Las varillas pares están en comunicación con el polo positivo de una pila eléctrica y las impares con el negativo. Se coloca un poco de azúcar junto a la rejilla para que las moscas se posen en el aparato.

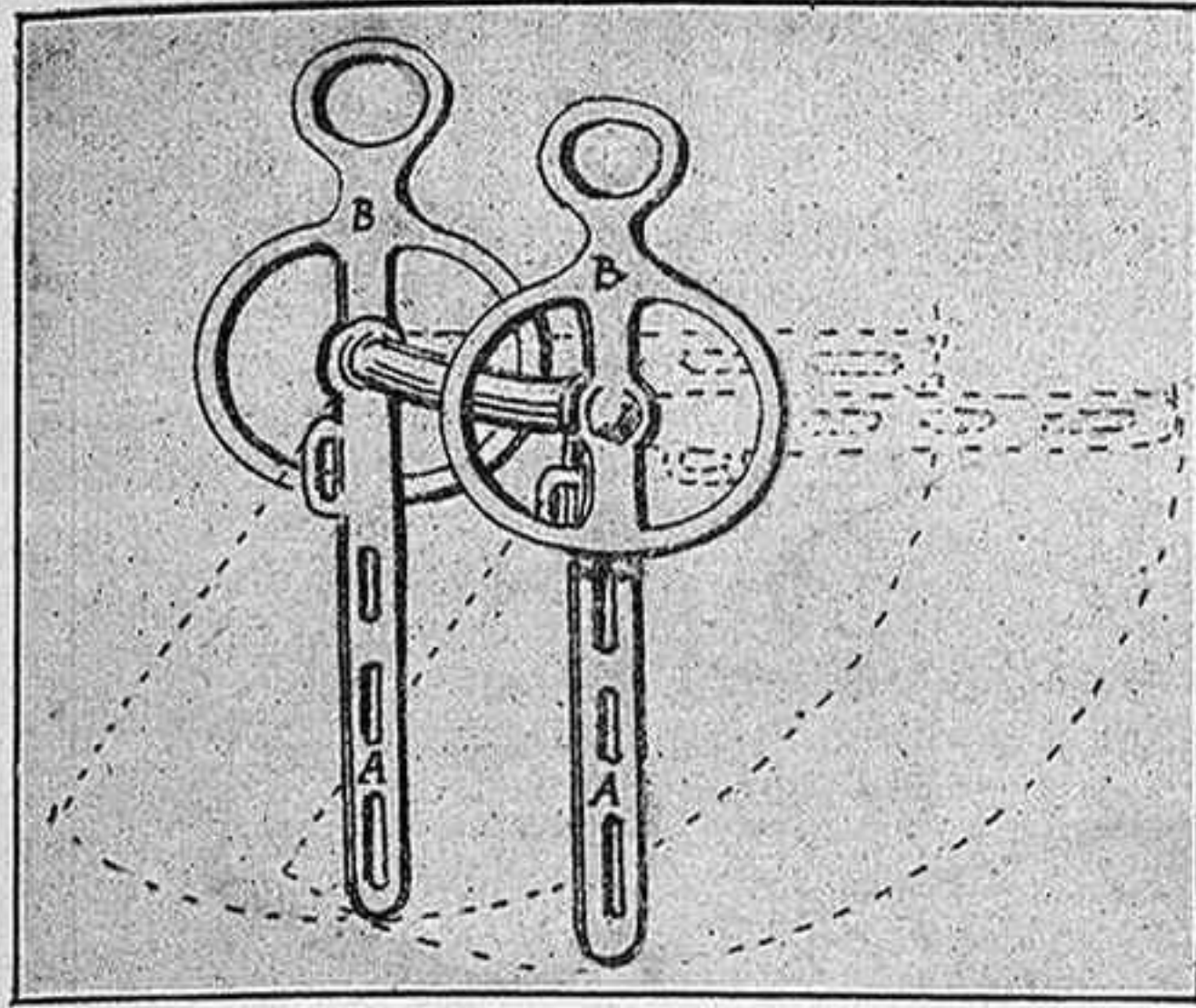


Fig. 6. - Bocado-freno de seguridad

Al detenerse en la celosía, atraídos por el cebo, los molestos dípteros cierran el circuito con su cuerpo y mueren instantáneamente heridos por un imperceptible rayo, cuya chispa se puede hacer visible añadiendo una pequeña bobina al aparato.

Este excelente procedimiento tiene la ventaja inmensa de producir la muerte instantánea de sus víctimas en el mismo aparato, impidiendo lo que ocurre con otros procedimientos repugnantes, con los cuales las moscas heridas de muerte van a parar a la cocina, al comedor o a las demás habitaciones de la casa, donde termina su agonía, que empezó al chupar al brebaje venenoso con que se pretende aniquilarlas.

* * *

El grabado en talla dulce es uno de los mejores procedimientos para la reproducción de obras artísticas; pero desgraciadamente su largo aprendizaje,

las dificultades que presentan sus pesadas operaciones, como el mordido por el ácido, el defecto de transparencia de la placa de cobre o de la piedra litográfica, lo convirtieron en un arte difícil reservado a talleres especiales.

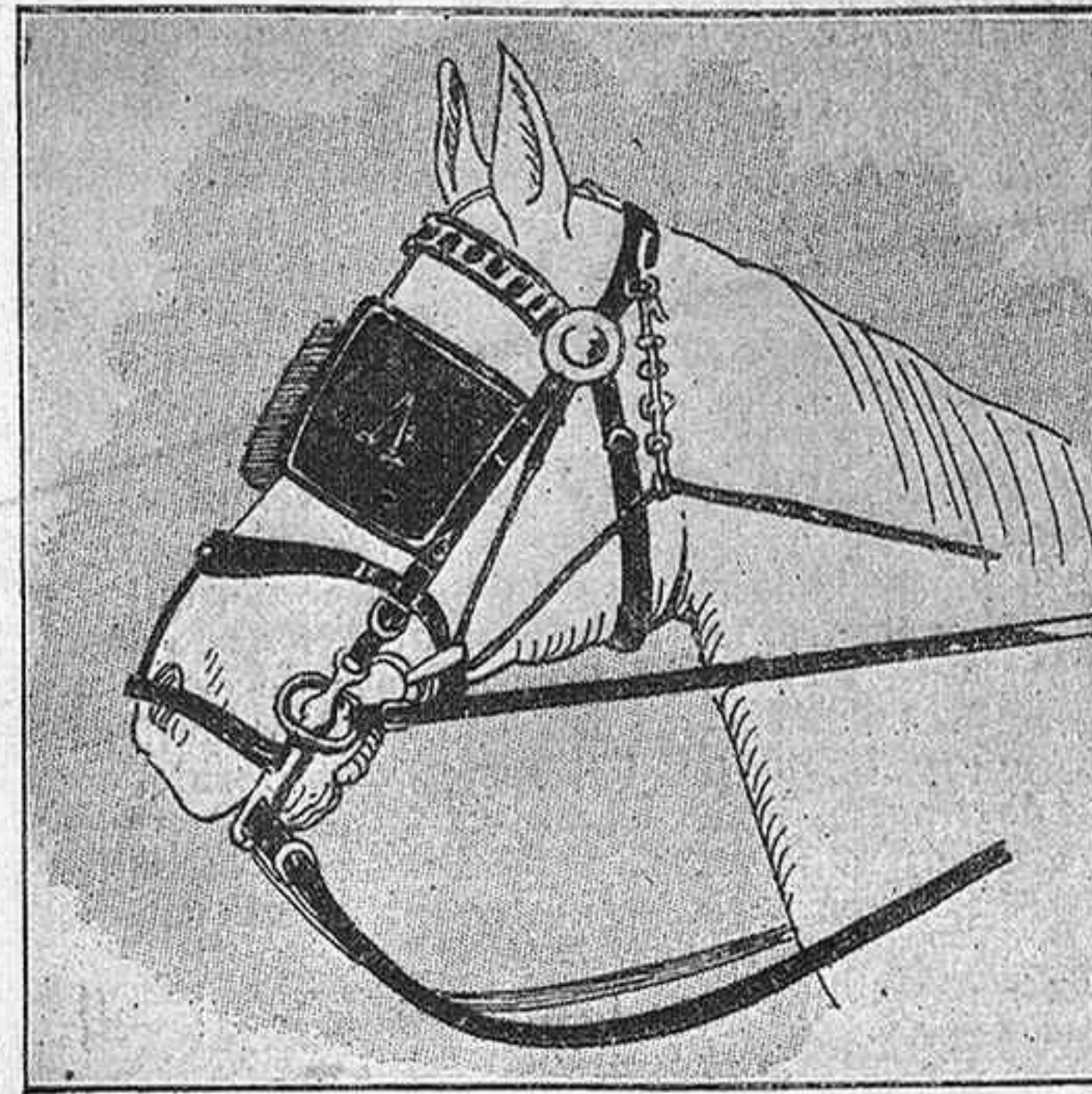


Fig. 7. - Bocado-freno de seguridad en posición normal

El conocido artista M. Bayard acaba de solventar las expresadas dificultades por un sencillo e ingenioso procedimiento que pone las artes del grabado al alcance del más lerdo.

Por la «celulotipia» (así denomina M. Bayard a su nuevo procedimiento) se substituye la placa metálica o la piedra por una ligera y transparente plancha de celuloide, que se aplica sobre el dibujo o modelo que se quiere reproducir (fig. 5) y se fija con bandas engomadas o por medio de las clásicas chinchas.

Se calca el dibujo valiéndose de los mismos utensilios que se emplean en el grabado en dulce: el estilete de acero mechado en un mango de madera y la pequeña rodaja para las sombras débiles o medios tonos. Luego se le da la tinta apropiada y se tiran los positivos como en el procedimiento ordinario.

Por el nuevo sistema celulotípico, un niño o el

principiante menos diestro pueden obtener copias perfectas de dibujos complicados.

Muchos pretenderán restar méritos al invento de Bayard por su extremada sencillez. A los tales debemos recordar que la fama de los grandes sabios radica muchas veces en haber sabido hallar ideas muy sencillas para derivar de las mismas las más grandes aplicaciones de las industrias y las artes.

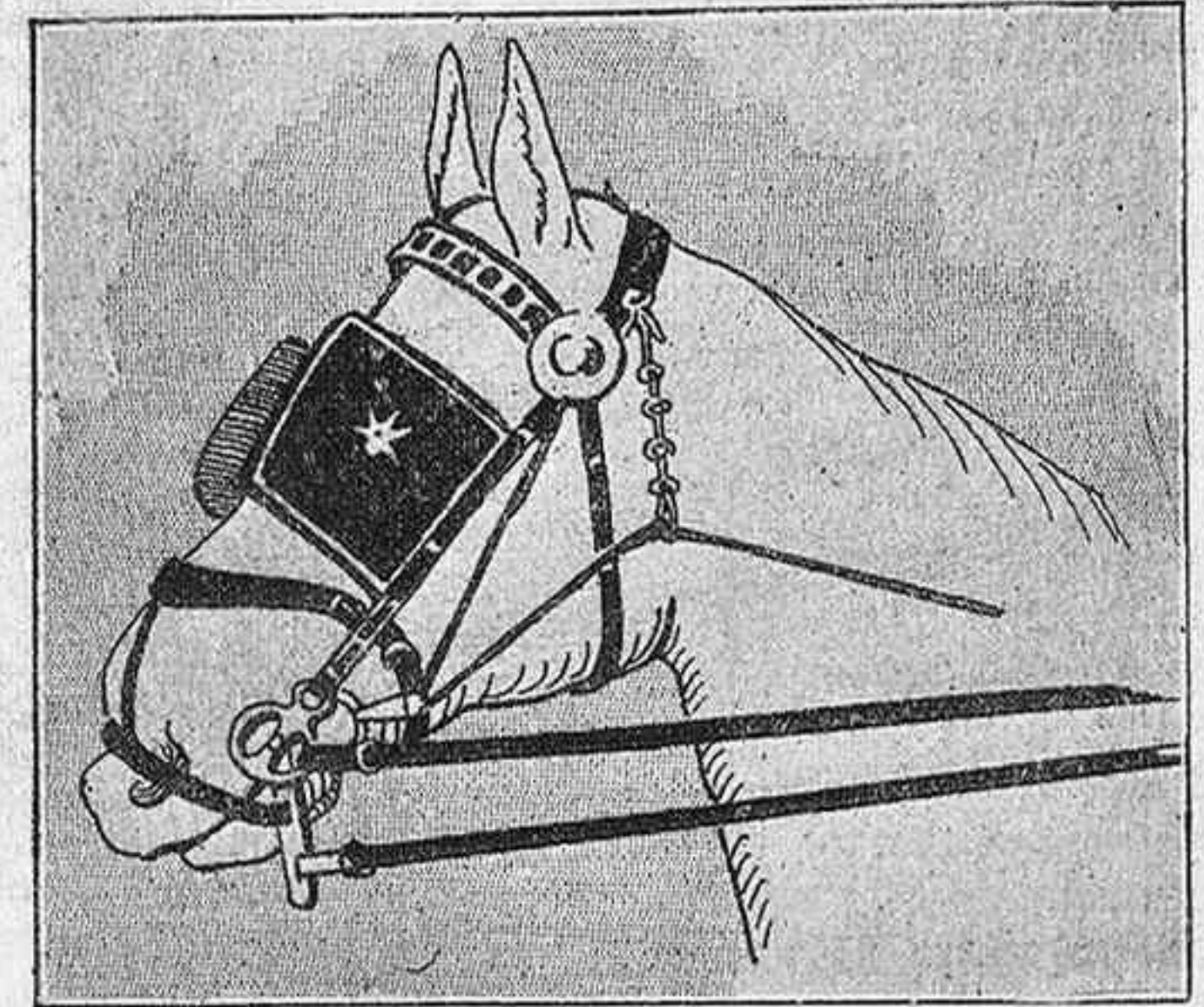


Fig. 8. - Bocado-freno de seguridad comprimiendo las fosas nasales del caballo

Se sabe, desde hace tiempo, que la compresión de las fosas nasales de un caballo, impidiendo su respiración, es el único medio eficaz para detenerlo, cuando se desboca.

Uno de los frenos de sistema más práctico y sencillo de cuantos se conocen y que tiene la ventaja de funcionar independientemente del bocado de que forma parte, es de invención de M. Mans (figuras 6, 7 y 8.) Las palancas AA, que accionan la compresión nasal, si bien giran sobre el eje del bocado BB, que ejerce la acción directriz del caballo, tienen, sin embargo, movimiento independiente del mismo.

Las figuras 8 y 9 ponen de manifiesto el sencillo funcionamiento del bocado-freno, que no dudamos hemos de ver muy pronto puesto en práctica.

AL'LER-WILL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA LACTEADA
 Alimento completo
NESTLE
 para NIÑOS y ANCIANOS.
 Contiene la Leche pura de Suiza.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATÉ ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILYORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Después de la comida, cuadro de Domingo Fernández y González

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Co. B^{te} St-Denis, 16

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS REYES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, REZARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos á quien los solicite
 dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las Afecciones del
 pecho, Catarros, Mal de gar-
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO, EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.